

Alexis Fernández

Memorias del Caudal



Ediciones Clío

Colección Poderes creadores del pueblo

Alexis Fernández

Memorias del caudal

Colección: Poesía y Narrativa

Memorias del caudal

Memorias del Caudal

©2018, Alexis Fernández

3ra Edición: Noviembre de 2018

Hecho el depósito de ley:

ISBN:978-980-427-114-4

Depósito legal: ZU2018000273



Ediciones Clío

Director: Jorge Vidovic Lopez

Colección: Poesía y Narrativa

Contacto: edicionesclio.es@gmail.com

Ilustración: Memorias del caudal, por Ender Cepeda.

Técnica: Tinta China sobre Papel. Año: 2012

Cabimas, estado Zulia, Venezuela

*Para Israel Ríos
el caudal que nombra tus sueños
lleva sus notas en el abismo de sus latidos
en esa lágrima asida de nube,
en esa sogá de ninguna bestia*

Viajeros cubren las distancias en *memorias del caudal* de Alexis Fernández

Pedro Cuartín

El poemario **Memorias del caudal**, hasta hoy inédito, transmite humedades y sequedades, metáforas y prosopopeyas, o personificaciones, para dilucidar las voces antiguas de la ausencia, los latidos fervorosos del más allá en el tiempo y en el espacio, en la duración y en la extensión y para convertirlas en visiones de la resurrección, en intermitencias tangibles de lo húmedo y de lo telúrico, de lo legible e ilegible dentro de una extraña presencia invisible y escuchable.

La poesía de Alexis Fernández pervive en los latidos del agua, igual que la narrativa, fluye hacia el misterio, sustentador del más allá, sólo habría que recordar **Caligrafías de agua** (2005) para percibir el líquido obstinadamente fugitivo como sustancia determinante del tejido verbal de Alexis; igualmente el amor, compaginador de la vida y del optimismo, aunque se mencione, recurrentemente, a la muerte.

El amor y el enigma se conjugan en el espacio subterráneo de la mente humana, en el subconsciente de la pervivencia, en la concentrada expresión de la intensidad verbal.

La escritura ácuea anda y desanda por las voces de los seres desaparecidos y resucitados, por las visiones ancestrales de los árboles, de los pájaros, de las casas y de los seres humanos con la inclusión, constante, de epígrafes poéticos que, en el fondo, son el cerebro del texto subsiguiente porque incluyen claves que podrían utilizarse para el abordaje analítico. El poema, en verdad, comienza en el epígrafe.

El poemario incluye cinco partes, a saber: “Simulaciones”, “Temperancias”, “Comediantes”, “Asunciones” y “Acechanzas”. El campo, lo rural es lo que más ilumina la escritura de Alexis Fernández. La tierra fantasmal e inmaculada guía sus palabras, acomoda las visiones de la inmanencia y de la trascendencia, de lo que está más acá y de lo que está más allá, no obstante, la ciudad se hace presente, sin mayor alcance, sin mayor relevancia en la fortaleza ficcional centrada en la modificación intencional de la realidad, en la inversión de los latidos de la existencia humana, de los latidos zoomórficos y fitomórficos.

El agua podría percibirse como un símbolo representativo de la vida y de la muerte, de la fertilidad y de la extirpación, ella preserva el enlace contrastante de extremos opuestos, una suerte de vitalidad nublada por la finitud y, a su vez, una sustancia que conduce a la limpidez, a la reducción de la mácula, de la mancha que ensoberbece las huellas humanas. Así, por ejemplo, José María Albert de Paco (2003: 105) dice, entre otras cosas, “Las aguas representan la infinitud de lo posible, el germen de todo desarrollo vital y, al tiempo, el riesgo de una eventual reabsorción...”.

El agua, entre otras posibilidades, construye la vida desde la muerte como sucede con “Garcitas”, un pueblo que vive bajo el agua porque ha sido sepultado por ella, “Garcitas” aparece en el primer poema de la primera parte titulada “Simulaciones”. El nombre del pueblo es el diminutivo plural de garza, el ave zancuda adormecida en las entrañas de la comunidad que palpita en los nubarrones del líquido obstinadamente fugitivo. La garcita, fuera de la apreciación crítica, es un ave pequeña que salta y come la

garrapata del ganado, a lo cual no se opone la vaca ni el becerro.

En cualquier caso, en los diez primeros versos dice el narrador “Dejé de nombrar,/ el ojo de agua de Santa Bárbara/ a palmos del respiro,/ las callejuelas acienadas de Puerto Concha,/ la cruz de Garcitas arrasada en la niebla,/ las casas de Congo Mirador/ a nado en las aguas,/ el chubasco de Santa Ana/ comiéndome de la garganta,/ para que no tronara aquí adentro...”.

II. LA MEMORIA SE CONFUNDE CON EL PRESENTE

Mientras más se avanza en la existencia más se mira hacia atrás, más se recogen las huellas de la infancia y más se resucitan las voces de los muertos que son relucientes de vida y, por ende, portavoces del misterio, del margen de ocultamiento que es una de las constantes de este tipo de poesía.

Si recurrimos al quiasmo, al entrecruzamiento, a la distribución inversa del título del poemario, como si fuese una equis, leeríamos Memorias del caudal-Caudal de las memorias, vale decir, la reminiscencia potencia el enciframiento, el montaje verbal, y la reminiscencia se conduce como el agua, es un acuífero transparente, clarificador de las mazorcas del amanecer, de los latidos de la infancia, se trata de transformar el pasado en presente. En cualquier caso, San Agustín (1986: 286) dice “...Quizá sería más exacto decir que los tiempos son tres: presente de lo pasado, presente de lo presente y presente de lo futuro. Estas tres clases de tiempos existen en cierto modo en el espíritu, y no veo que existan en otra parte: el presente del pasado es la memoria, el presente del presente es la visión y el presente del futuro es la expectación...”.

La memoria siempre nos acompaña en el presente y en el futuro, en la ciudad y en el campo y, por otro lado, el retrato es el mejor vocero de la reminiscencia porque resguarda visiones no verbales, gestemas, íconos hablantes y líneas diseminadas en la ventolera de los tiempos. En el poema “Queda el grito en el alambre”, es descrita la ciudad, como un fotógrafo, en los tres últimos versos “...La ciudad desde lejos/ con un enorme flash,/ adhiere fotografías sepias a sus memorias.”

La reminiscencia se transforma en infinidad de cosas, en el baúl donde se adormecen y reviven las transparencias y las turbiedades, las cimas y las simas, siempre el lector se estimula “...Cuando la memoria/ es un cuaderno de la noche,/ con sus bronces y faroles anegados...”.

La memoria tiene un dispositivo desde la humedad, el dispositivo de clarificar y de oscurecer, de pervivir en la verticalidad de la mirada para convocar a los seres desaparecidos y resucitar las acciones del más allá y del más acá, de la trascendencia y de la inmanencia, por eso persiste el viaje, el traslado revelador de un margen temporal y espacial, de ocultación, del más puro enigma, sobre todo porque lo primero que le pasa al presente es volverse pasado y los que pasamos en ese transcurso somos los seres vivos, porque nosotros somos tiempo y espacio, duración y extensión, al corazón por metáfora sencilla se le conoce como “reloj”, si se le llama el “arterial concierto”, como dice Sor Juana Inés de la Cruz (1976: 340), se convierte en metáfora pura, es decir, pasa de A es B a B en lugar de A.

La memoria, igual que la muerte, detiene sus pasos, se nubla en la intermitencia de la vida, algunas veces desaparece, por eso cuando se alude al nombre de algún cadáver se dice “a la memoria de”, porque se designa la desaparición de alguien que ha entrado a otra dimensión desde la cual logra, algunas veces, una comunicación leve o acentuada. La mejor manera de mostrar las tendencias, las huellas y las costumbres de los que han pasado es la poesía gracias a que la memoria y la muerte son las colaboradoras más entusiastas de la misma, ellas resguardan el misterio de los que han pasado y, sin embargo, resucitan, es como hablar de la muerte viva, de lo que acontece en la intersección del pase de fronteras.

A lo largo del poemario aparecen recurrentemente aves de mal agüero como anunciadoras de la muerte, sin embargo, estas mismas aves se transforman en impulsoras de la iluminación y, por ende, de la vida porque luz y oscuridad son complementarias, vida y muerte se conjugan en un mismo tejido, el tejido de la esperanza porque “la expectación” siempre permanece de acuerdo con las posibilidades de realización, de acuerdo con la razón de ser de la existencia siempre inclinada hacia la luz, aunque la oscuridad sea su hermanita recurrente. En uno de los poemas de la tercera parte el poeta dice “No lo sé/ desde este aguazal/ cuando borra sus pasos/ que niega sus voces/ porque miente sus nombres./ Y sin embargo/ esparce sus ecos desde adentro./ No lo sé/ porque las aves acuñan sus cantos funerarios,/ cuando sus pasos desandan en la plaza,/ ahora cuando detona el cansancio de sus hierros/ porque vuelve un viejo cauce...”.

Las aves de mal agüero, como habíamos dicho, son constantes, igual que el agua y la tierra, entre las aves se encuentra “la guacoa” y el “juangil”, ahora bien, “la tórtola”, que no es ave de mal agüero, también es recurrente, igual que “la cacimba” que significa el zanjón o la hondonada. Entre los seres humanos aparece varias veces “Lucinda” que es la que lleva luces desde la derivación etimológica “...Lucinda atiza campos en la niebla...”, sin embargo, “Lucinda” pareciera una voz del más allá, igualmente “Chumba Ebi Onésimo” que son tres personajes en uno o un personaje uno y trino, en el primer poema de la primera parte leemos “Chumba Ebi Onésimo/ no tienen pares...”.

En cuanto a la alusión mitológica aparece “Orión”, a veces al lado de “Jesús Ríos”, en otra ocasión junto a “César Chirinos”, en un epígrafe leemos “César Chirinos/ Desde tu escritura/ Orión sigue su curso”. Orión, para dilucidación de vuestras mercedes, es un gigante, hijo de Poseidón, el Dios del mar en la mitología helénica y, por tanto, conocedor de los seres extraños de la profundidad del agua que incluye la resaca como saludo persistente del agua suplicante.

En cuanto a los epígrafes poéticos aparece el que dice “Israel Ríos/ Llevas los ojos de puya/ Y los secretos del cancel/ Ardidos en la piel de nunca partir”. El “cancel” es una contrapuerta, después de la puerta de entrada, sirve para amortiguar los ruidos exteriores. Llama la atención el apellido ácuo para ratificar, tal vez deliberadamente, la persistencia determinante del agua. Otro de los epígrafes dice “Efraín Hurtado/ Aún quema ese soplo en el corazón”. El poeta y científico mencionado fue hurtado por la muerte a temprana edad, murió en 1978 cuando apenas tenía 44 años de edad, fue poeta, antropólogo, docente universitario, fundador, junto con otros, de grupos artísticos de vanguardia como El Techo de la Ballena. Otro de los epígrafes dice “Ender Cepeda/ Bajo el reino de tus múltiples miradas/ Hay una sombra que juega a no ser vista”. Este epígrafe, igual que los anteriores, es bastante preciso, refiere el silencio vital de Ender y el margen de misterio de los personajes que aparecen en la obra pictórica de Cepeda que, por cierto, el apellido es un topónimo porque en España existe un lugar llamado Cepeda.

Este último epígrafe es de la segunda parte del poemario y los seis versos finales relacionados, deliberadamente o no, con la distribución icónica ambigua del pintor referido, dicen "...Ya no hay regreso./ la embarcación deshecha/ navega hacia donde no hay retorno/ en los rieles ninguna máquina avanza./ El celaje apenas si registra sus nombres/ en el canto solícito de la tórtola."

Un epígrafe clave igualmente aparece en la segunda parte del poemario leámoslo "Luís Fernández Rosales/ Hablaste del peje/ De su sed en los manantiales/ / Aún en los destellos de la conversa/ Saltan los peces en tus manos". La identificación absoluta con el inmensurable aliento del agua permite percibir el poemario como un espacio del principio germinal acuífero, no sólo por el lado de la vida terrenal, también para el lado de la modificación intencional de la realidad sustentada por la fantasía que describe este mundo y crea otra extensión de visiones.

Antes de cerrar este punto quisiéramos indicar, tal como lo señala Roman Jakobson (1970: 37), que el lenguaje poético se instala en una suerte de alcance subversivo, transgresivo, por oponerse a la tradición artística existente, porque "...una propiedad específica del lenguaje poético es acentuar un elemento de conflicto y de deformación, cuyo carácter, tendencia y grado son diversos...".

III. SEGUIMIENTO DE LOS PASOS DE LA METÁFORA Y DE LA PROSOPOPEYA.

Metáforas y prosopopeyas deambulan, recurrentemente, por los tejidos de Memorias del caudal, la metáfora sencilla consiste en transformar una cosa en otra cosa, su fórmula es A es B "La mudez entonces/ es llovizna en los ojos..." dice Alexis Fernández. El primer verso hasta el adverbio temporal "entonces" se corresponde con A y el segundo verso, desde el verbo ser, representa a la letra B. Así las cosas, A es el término metafórico y B el término metaforizado, existe igualmente la metáfora pura que se representa por B en lugar de A, es decir, la "llovizna" en lugar de "la mudez".

Desde el punto de vista etimológico metáfora significa llevar más allá, lo cual hace pensar en traer más acá porque la referencia consiste en hacer semejantes dos términos opuestos o cercanos cuando existe alguna conexión entre ellos.

Ahora bien, no siempre aparece el verbo ser, si alguien dijese "la luna , ojo de la noche" también se trataría de una metáfora sencilla. A continuación presentamos algunas metáforas de Memorias del caudal "La casa es siempre vertida/ al caudal de El Escalante/ en la garganta del juangil". Más adelante leemos "La hora nona de más acá./ es el cauce hecho piedras". "¿ Es memoria/ esa frontera de lo huidizo/ donde repite el canto el juangil./ y la guacoa...", "...Cuando el acorde de los gallos/ es astilla entre los árboles...", "...Las sogas tirando de lo ido/ es nubazón que no cesa./ Es intemperie sin tregua...". El término "nubazón" relacionado con nube es un neologismo, una palabra desusada porque no la encontramos en el léxico de la lengua materna, aunque sea un vocablo utilizado dentro del vocabulario popular, otra metáfora sencilla "La hosquedad/ es la lienza de alambre...". Estas son algunas metáforas que sirven para iluminar y para intensificar el margen enigmático de los latidos del campo.

Por otro lado, la prosopopeya es una forma de la personificación, se pueden personificar colores, latidos, árboles, aves, entre otras cosas, incluso la antropomorfía del Sol podría verse como una prosopopeya. Fernando Lázaro Carreter (1981: 338) nos presenta la siguiente definición “Figura retórica que consiste en atribuir cualidades humanas a seres inanimados, haciéndolos capaces de lenguaje. Se aplica también el término cuando se hace hablar a personas muertas o ausentes”. Para algunos prosopopeya y prosopografía son sinónimos. La diferencia entre ambas figuras consiste en que la prosopografía se centra en la descripción, en la écfrasis de rasgos exteriores de una persona o de un animal, ambas se consiguen en la personificación al conceder cualidades humanas a cosas despersonificadas o a conceptos abstractos. La prosopopeya es una de las constantes, por ejemplo, en un poema de la primera parte aparece el verso

“...Esa hoja se ciñe a su lamento...”. En el siguiente texto encontramos “...La hoja del jobo rojo/ o del árbol ensimismado bajo la lluvia/ tarda en caer ante mi paso.” En la segunda parte podemos leer “...Ese héroe de nimio plumaje/ y un gramo más de canto/ se ha mudado a la otra orilla del río...”. Más adelante encontramos “...la lágrima esa que baja/ a beber de tu rostro...”. “...El terco lirio/ sobre las aguas hace su recuento...”.

“...Lo seco espantado/ es un mural donde rondan/ los enseres...”. Así pues, la prosopopeya redonda en los latidos de la palabra poética. Igualmente la antítesis, o contraposición entre dos significados a cierta distancia, y el neologismo, o la palabra desusada, a partir de alguna raíz existente en el léxico de la lengua materna aparece en un poema de la cuarta parte “Pregunta alguien/ en el blanquizal/ de las sombras...”.

La tierra y el agua se anudan y se anidan para conducirnos, junto a una infinidad de latidos naturales constantes, a una suerte de bucolismo sin idealización. La naturaleza distribuye sus voces, Alexis Fernández las recoge y las extiende, las encierra en el lenguaje verbal y las libera en la notoriedad de la imaginación que comulga con la solidificación de extensiones y duraciones inexistentes para la lógica extratextual y, sin embargo, existentes para el logos de la imaginación. Es difícil seleccionar un poema de Alexis Fernández para el cierre de estas palabras analíticas, no obstante, hemos decidido presentar un texto de diez versos de la segunda parte

**No quieras volver
en esa figura que amedrenta
en esa mirada que seduce o aquieta.**

Deja orear las aguas de las tinajas
donde aplacan su sed los lagartos de la noche,
recuerda que es agua de lluvia,
y ella misma los devora.

Cuando amanezca
no seas esa sombra clandestina
que bebe de sus ojos.

NOTAS:

AGUSTÍN, San (1986). *Confesiones*. Perú. Publicaciones Ceta.

ALBERT DE PACO, José María (2003). *Diccionario de símbolos*. Barcelona(España). Editorial Optima.

CRUZ, Sor Juana Inés de (1976, 1ª reimpresión). “El Sueño” en *Obras Completas*. Edición, prólogo y notas de Alfonso Méndez Plancarte. México. Tomo I.

FERNÁNDEZ, Alexis (2005). *Caligrafías de agua*. Maracaibo. Universidad Católica Cecilio Acosta.

JAKOBSON, Roman y otros (1970). *Tesis de 1929*. Madrid. Alberto Corazón Editor.

LÁZARO CARRETER, Fernando (1981, 3ª Edición). *Diccionario de términos filológicos*. Madrid. Gredos.

memorias del caudal

I

simulaciones

II

temperancias

III

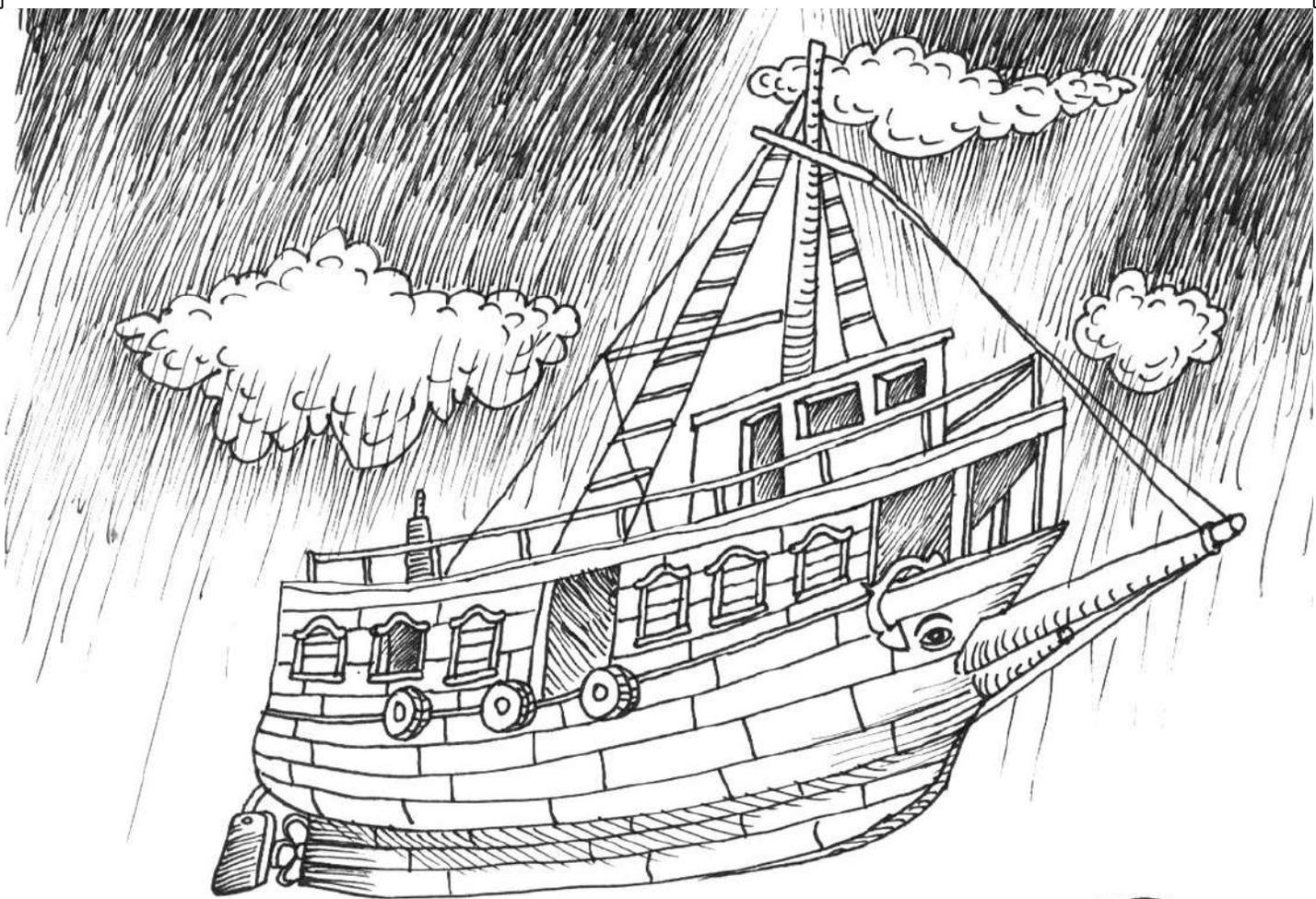
comediantes

IV

asunciones

V

acechanzas

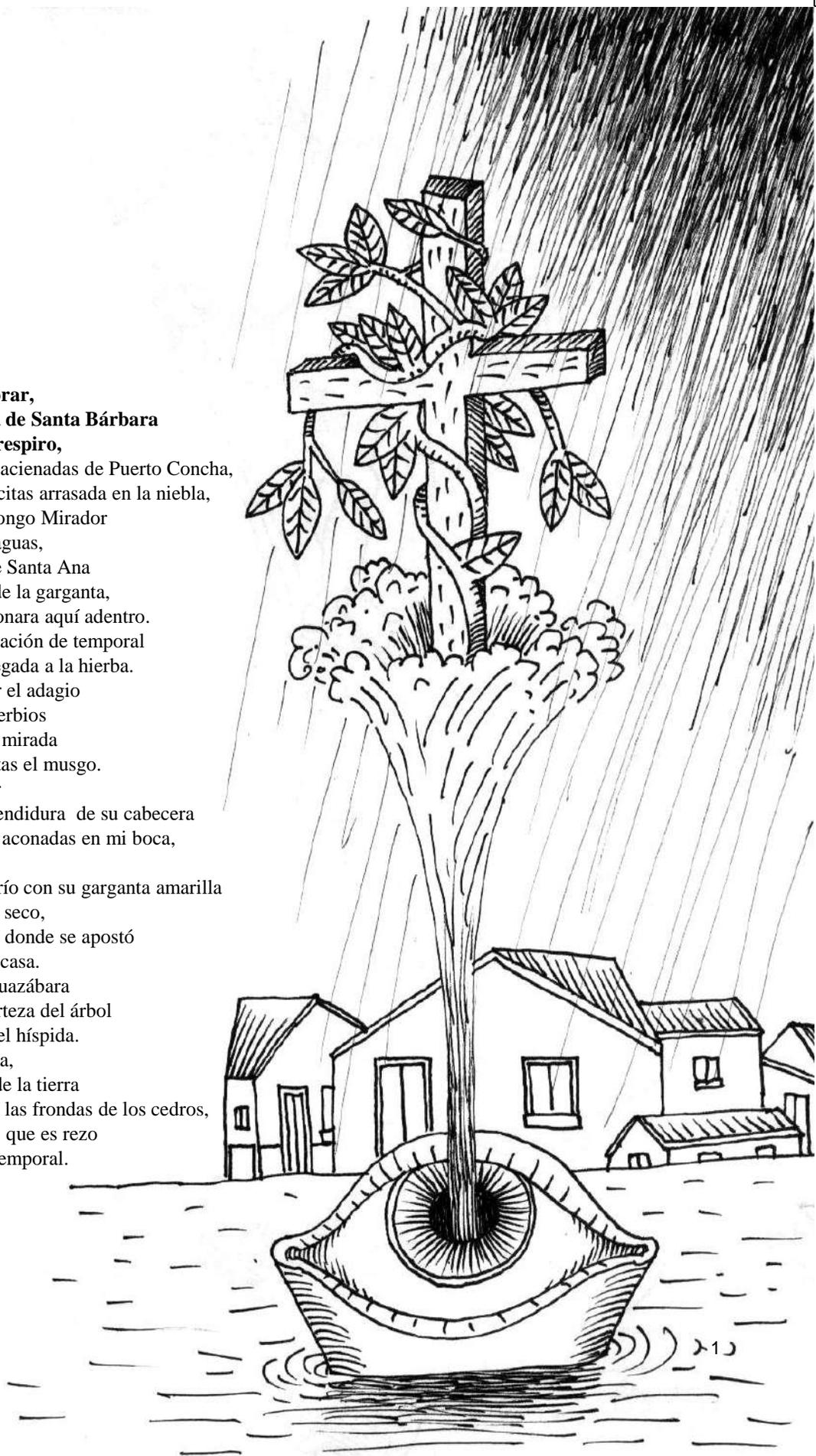


I
simulaciones

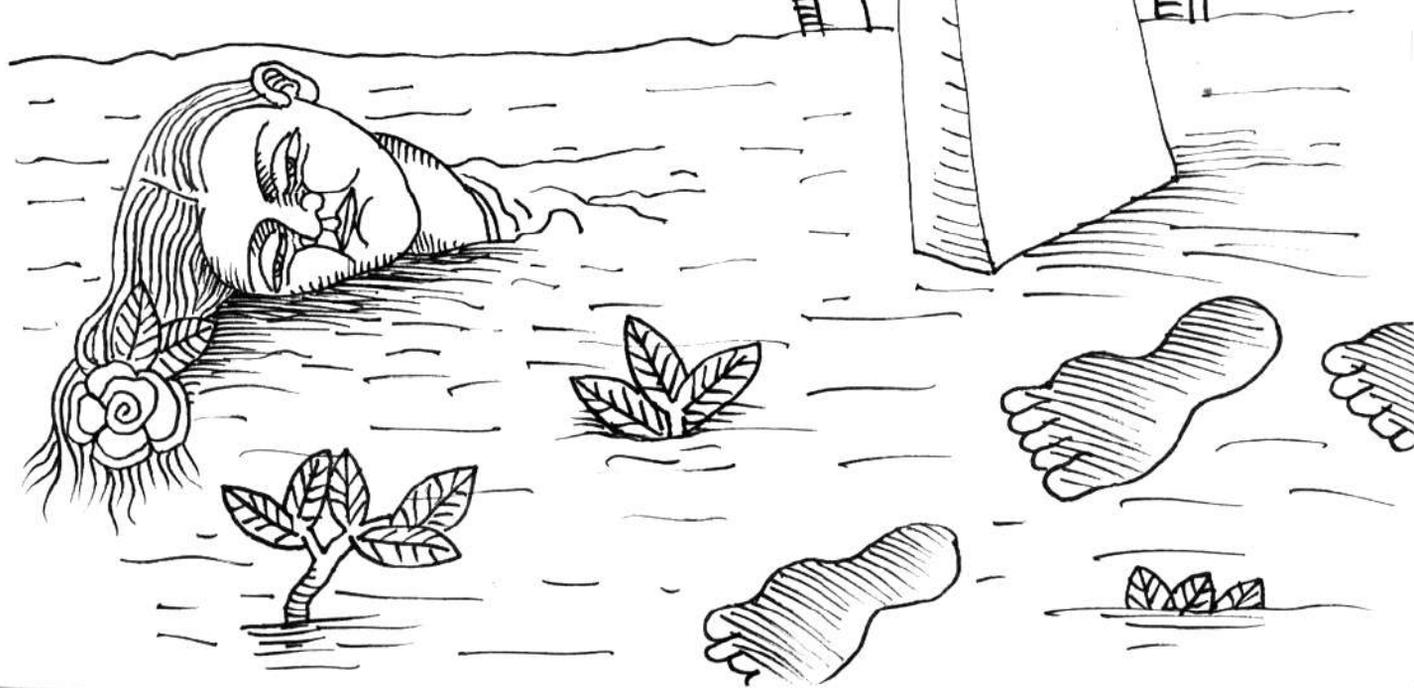
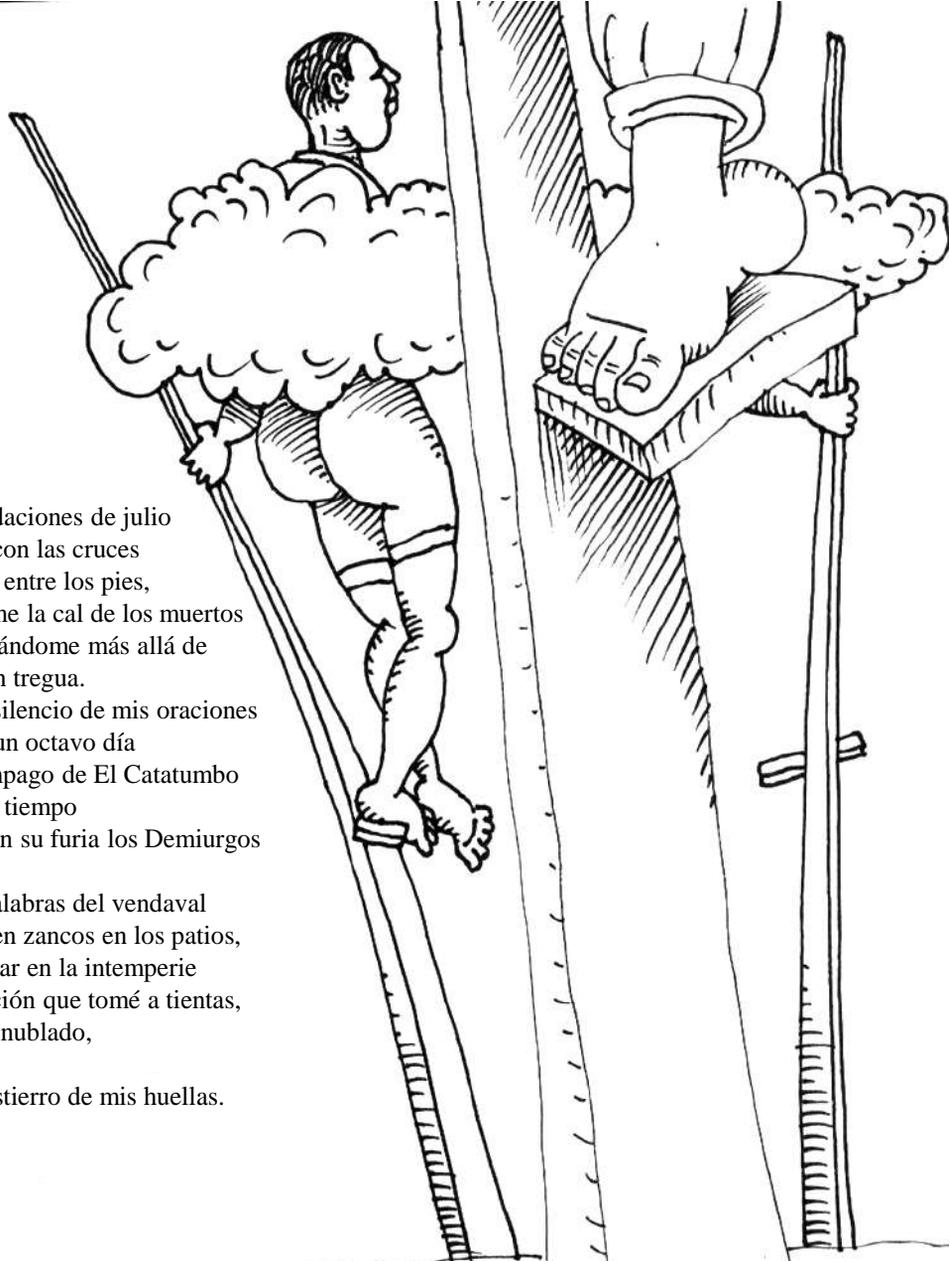
**Dejé de nombrar,
el ojo de agua de Santa Bárbara
a palmos del respiro,**

las callejuelas acienadas de Puerto Concha,
la cruz de Garcitas arrasada en la niebla,
las casas de Congo Mirador
a nado en las aguas,
el chubasco de Santa Ana
comiéndome de la garganta,
para que no tronara aquí adentro.
Para no ser estación de temporal
con la oreja pegada a la hierba.
Para no repetir el adagio
de viejos proverbios
y andar con la mirada
donde da vueltas el musgo.

Dejé de llamar
en la misma hendidura de su cabecera
con las manos aconadas en mi boca,
Escalante,
para el que el río con su garganta amarilla
no inundara lo seco,
el piso de grea donde se apostó
el fulgor de la casa.
Olvidé decir guazábara
para que la corteza del árbol
no fuera mi piel hispida.
Lo mismo Onia,
esa tentación de la tierra
que regresa en las frondas de los cedros,
sin percatarme que es rezo
adentro en el temporal.



Omití las inundaciones de julio
para no andar con las cruces
del cementerio entre los pies,
para no tragarme la cal de los muertos
que siguen mirándome más allá de
ese invierno sin tregua.
Invoqué en el silencio de mis oraciones
la potestad de un octavo día
cedido al relámpago de El Catatumbo
como un noble tiempo
donde aplacaran su furia los Demiurgos
del cielo.
Me comí las palabras del vendaval
para no andar en zancos en los patios,
para no desandar en la intemperie
y esa embarcación que tomé a tientas,
a palmos de lo nublado,
es proa a pique
es continuo destierro de mis huellas.



**La mudez entonces
es llovizna en los ojos,**
es musgo más allá de la palabra.
La plaza con sus bronces anegados
es ramal del río,
el colegio donde los potros
comen hierbajos con las tintojeas en sus
lomos,
es un aguazal que no fragua.
En la calle del malecón,
La Viena y La Cecilia,
airean su velamen deshecho
con las aguas a ras de sus bodegas.
En mis sueños no alcanzan los pretils,
la otra orilla lejana
como el invierno se alarga.
Ya no digo Jesús Ríos
para alejar los temporales,
ni coloco los cuchillos en cruz,
sólo dejo que llueva
para ganar a nado la otra orilla.



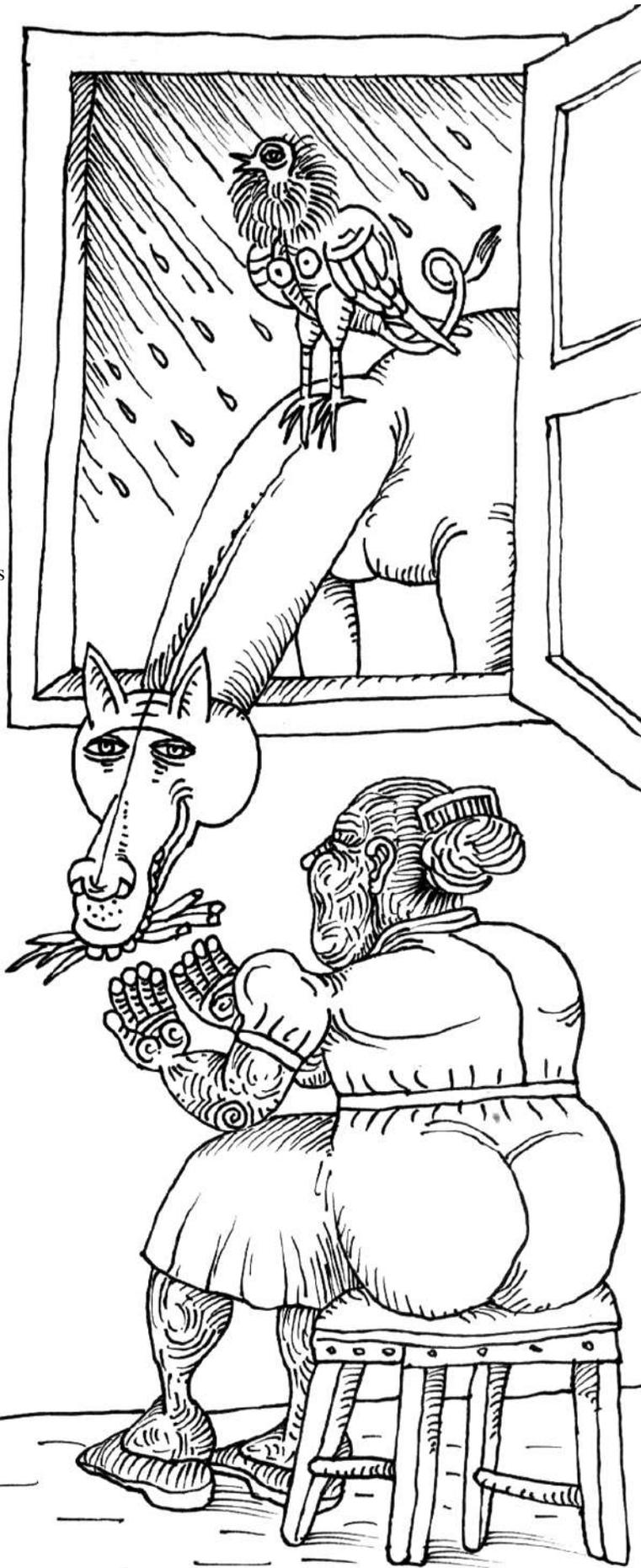
Lourdes Fernández
Aún te asomas a las cañabravas
Prendida de sus ranuras
Sólo presentes el enigma de sus juegos

**La casa de recia cumbreira
contra los vientos de enero ya no está.**
Sólo una charca agrillada
con la hierba a ras de la rodilla
soporta mis pasos.
Sin embargo abro la puerta.
Camino en las filtraciones
de la palma real que hace luz a mis pasos.
Tomo agua de la tinaja
donde abreva la lagartija
y palpo la sed de mis hermanos
que ya no están si no prendidos de las cabuyeras.
Veo a mis padres
haciéndose los dormidos,
bajo la órbita de un beso entrañable,
unidos en un abrazo bajo las estrellas
mientras la noche
avanza en las rendijas de las cañabravas.
¿Qué estrellas unen su fulgor
mientras juegan a los dormidos?
¿Qué ríos navegan en sus sueños
ahora cuando no están
y aún danzan en las tinieblas del cuarto?



Mi madre no se sorprende.

Ella viene del musgo de las laderas
donde el grito acarrea granizo
y la niebla no se desprende de los ojos.
Llama garúa al aguacero
y apenas si dice llovizna al huracán.
Sus ancestros hincaron la uña en las brozas
en busca del grano feraz del café
y bebieron agua de manantial
donde un arco iris de teja rota y cometa
dispersa la cantera de los ríos.
Nombra por mundo a Chiguará
y dice por noble el urao.
Sus paisanos conocieron la neblina
que oculta tras el aliento,
la temperancia de hierbas reales
y las cocimientos de la flor del frailejón
para preservar el fulgor de sus anhelos.
Aún viaja en sus sueños.
Con sus sentencias
atrae al caballo morraja
a comer de sus manos
y alimenta al pájaro león con su mirada.
En sus consejas
florece la orquídea púrpura.
En sus oraciones,
desfilan agraciados los dormidos
con su séquito de novenarios
y otros que ella añade cada día.
La travesía sigue la recua,
a palmo de los ríos
que añaden cementerios a los patios.
Allí en el celaje,
en la noche del cuarto
donde conjuga
sus cabeceras nubladas
con la cuenca de un lago
que ahora mismo arde ante sus pies
anda su asombro.



Mi padre
toma sus manos en la noche
y regresan hacia la luz
que acusa las rendijas de la cañabrava
Allí rondan
entre esa espesa niebla
y la claridad de sus ojos
cuando aguardan el regreso.
El viene de las tierras bajas
de las arenas calcinadas
del cardón y el dividivi.
Un sol de agua
hizo fisuras agrestes en su frente.
Un frío de sangre acelera sus noches
y lanza sus puñales en la niebla.
Hízose en palabras de mi madre
jugador de la línea,
capitán del tambor,
guerrero de su letra.
Amasó el humus
en el respiro de los córtalos
y siguió el vuelo lento de los gavilanes
tras la mina de la tarde.
Sembró su genealogía india
en el vientre estrellado de mi madre.
No creo que la despierte.
El aún bebe de sus sueños.

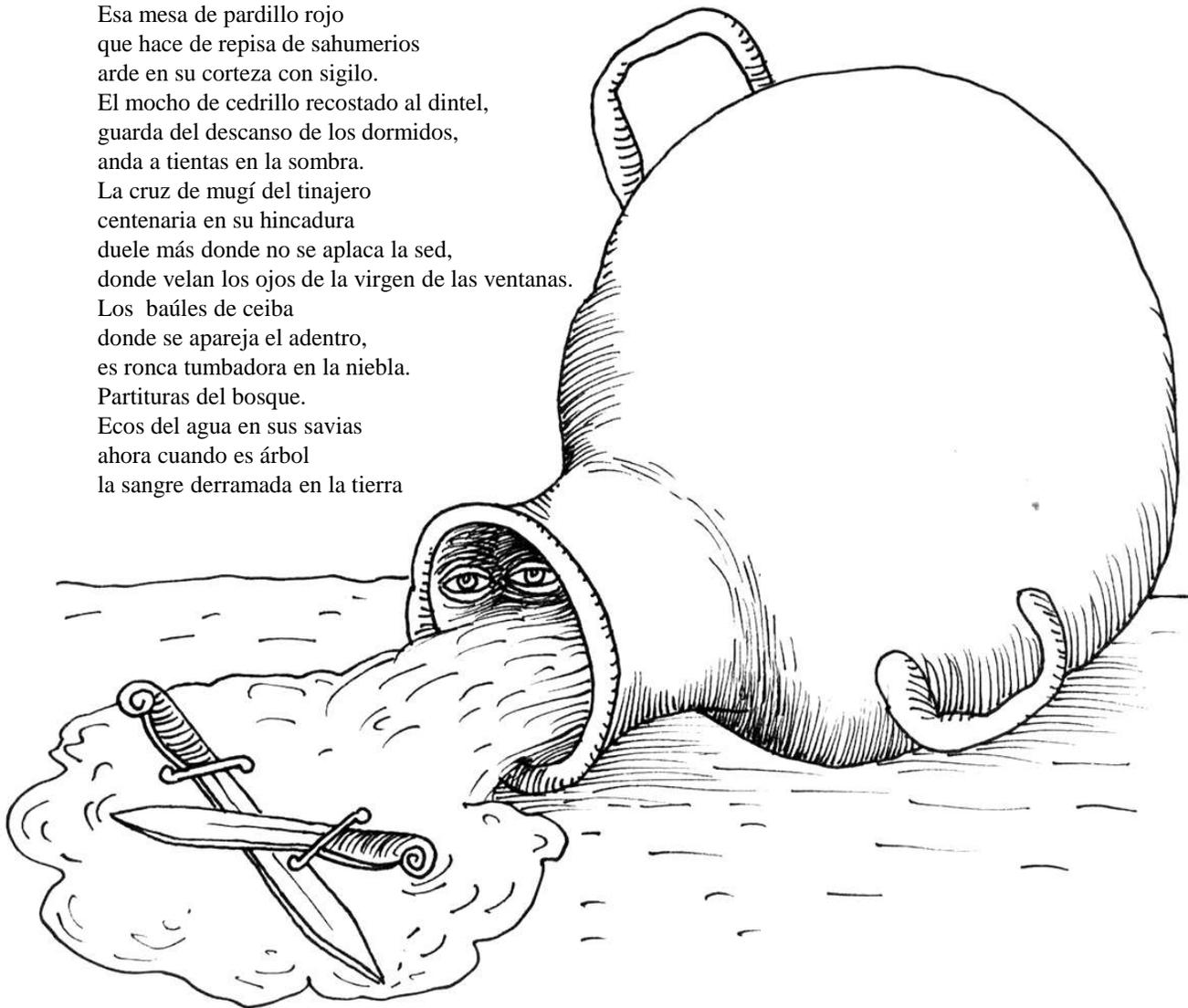


Afuera
la lluvia traslada ciudades
con sus bujías y antenas encendidas.
Las corrientes de las montañas
avivan cementerios con sus cruces y capillas
en el menester de sus oficios.
Aún sigo adentro
donde los astros conservan su luz
en la oscuridad que sigue a mis pasos.



Gloria Castillo
Originaria de un reino
Pasionaria de un leño sagrado
Aún revelas la faz de antiguas vírgenes.

En sus maderas
crujen los árboles del patio
y en sus hojas se estremece
el sereno de sus cuerpos.
Esa mesa de pardillo rojo
que hace de repisa de sahumeros
arde en su corteza con sigilo.
El mocho de cedrillo recostado al dintel,
guarda del descanso de los dormidos,
anda a tientas en la sombra.
La cruz de muguí del tinajero
centenaria en su hincadura
duele más donde no se aplaca la sed,
donde velan los ojos de la virgen de las ventanas.
Los baúles de ceiba
donde se apareja el adentro,
es ronca tumbadora en la niebla.
Partituras del bosque.
Ecos del agua en sus savias
ahora cuando es árbol
la sangre derramada en la tierra



**La casa es sangre vertida
al caudal de El Escalante
en la garganta del juangil:**
su ceniza nos precipita más adentro
donde bebemos del ojo del huracán.
Aún estamos allí
mirándonos en su abismo.
Sin dar un paso hacia afuera
cuando la lluvia traslada
a Santa Cruz
con sus insignias encendidas.
Adentro Orión
encandila las ranuras del misterio.

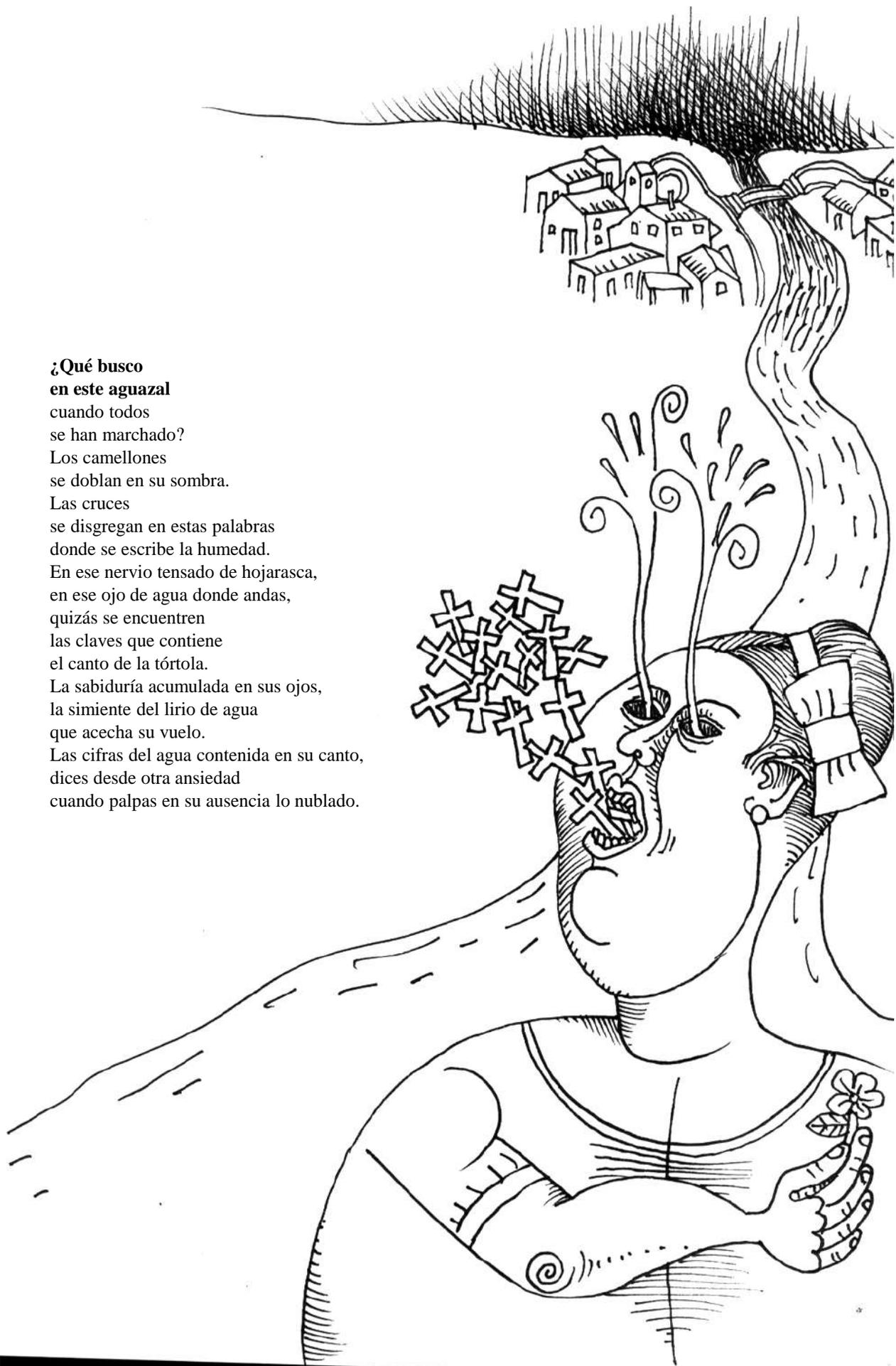


**Coldaba
morador del alba
y de cuchillo en la sien
Cruz y seña del camino real**

**Allá en el patio
donde se hostigó la cascabel**
y el paso del alacrán de aguijón negro,
aún se palpan sus voces.
Q y La Cruz,
R y Río,
H y Fernández,
es forja en hierro candente.
Aún arde en la piel de las bestias
como arde en mis ojos
cuando en la oscuridad
palpo sus heridas.
Las que restañan
en el lado oscuro del cancel.
Las que me tocan cuando en la oscurana
doblo el camellón.



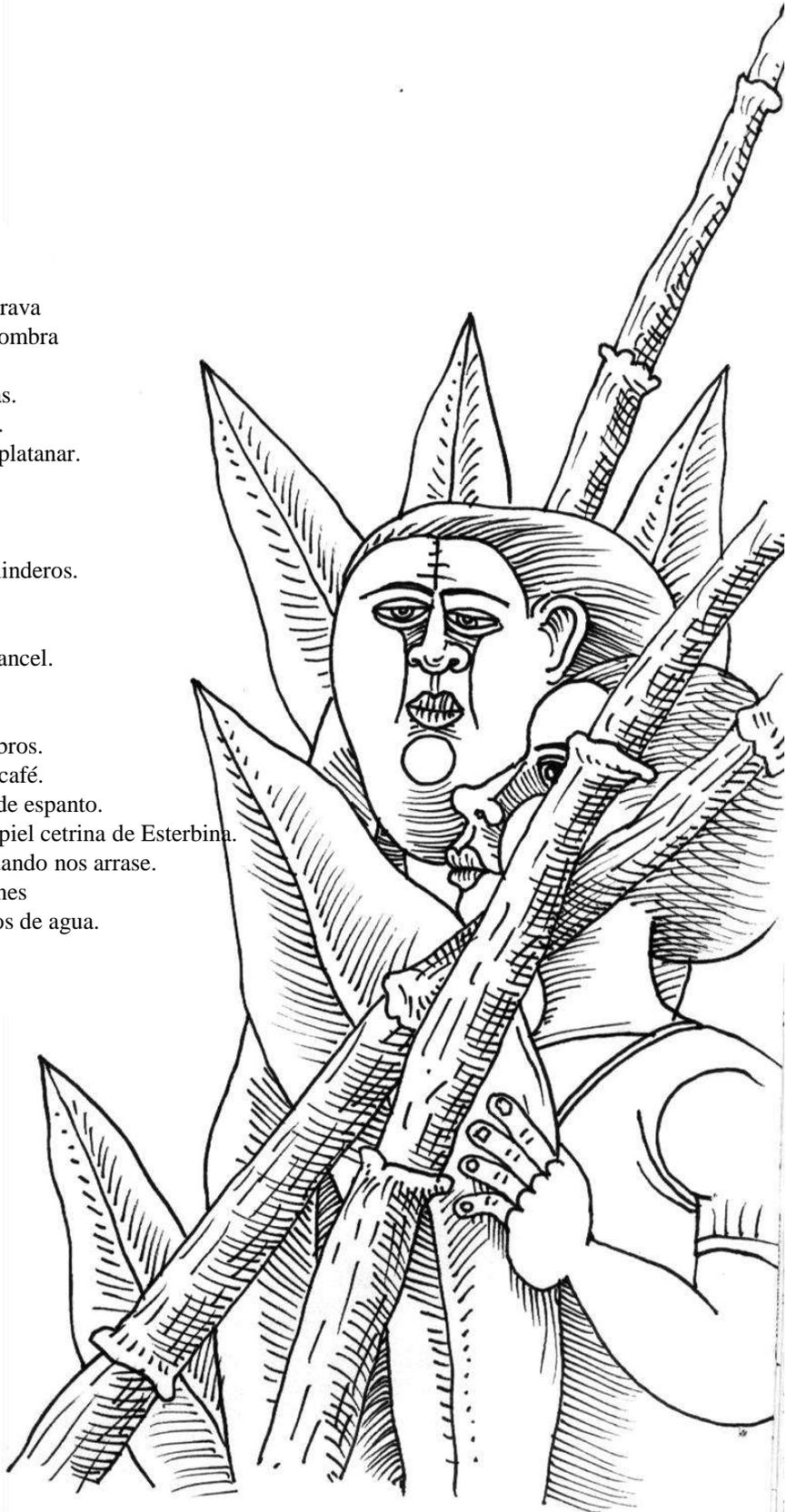
**¿Qué busco
en este aguazal**
cuando todos
se han marchado?
Los camellones
se doblan en su sombra.
Las cruces
se disgregan en estas palabras
donde se escribe la humedad.
En ese nervio tensado de hojarasca,
en ese ojo de agua donde andas,
quizás se encuentren
las claves que contiene
el canto de la tórtola.
La sabiduría acumulada en sus ojos,
la simiente del lirio de agua
que acecha su vuelo.
Las cifras del agua contenida en su canto,
dices desde otra ansiedad
cuando palpas en su ausencia lo nublado.



Eva Elina Edicta

Emma Elvia

están en las ranuras de la cañabrava
más en el perfil asolado de su sombra
más en el costado de la grima.
Desde allí construyes las fábulas.
Esa de estarse para no perderse.
Esa de escuchar la mancha del platanar.
Esa la de la hoja desesperada,
la que aún silba en el bosque.
La del canto de la guacoa
que aún clama por agua en los linderos.
Eso de estarse adentro.
Pendiente de las señales.
En los ojos de los retratos del cancel.
En sus ojos de puya.
A ver qué dice Jesús Ríos.
A ver qué dice la letra de sus libros.
A ver qué esconde la borra del café.
Cómo mira el iris con sus ojos de espanto.
Cómo escruta las arrugas en la piel cetrina de Esterbina.
Qué dice el ojo del aguacero cuando nos arrase.
Cuando seamos sólo inscripciones
en el mármol donde crecen lirios de agua.
Cuando el osario como Orión
siga más allá,
en la vuelta de las aguas,
en las revueltas del cielo.



**Los catorce caminando hacia el barranco
Cuando deshacemos el reino
Cuando dejamos la palma real
Y el ojo de agua
En manos del sueño
Cuando el adiós**

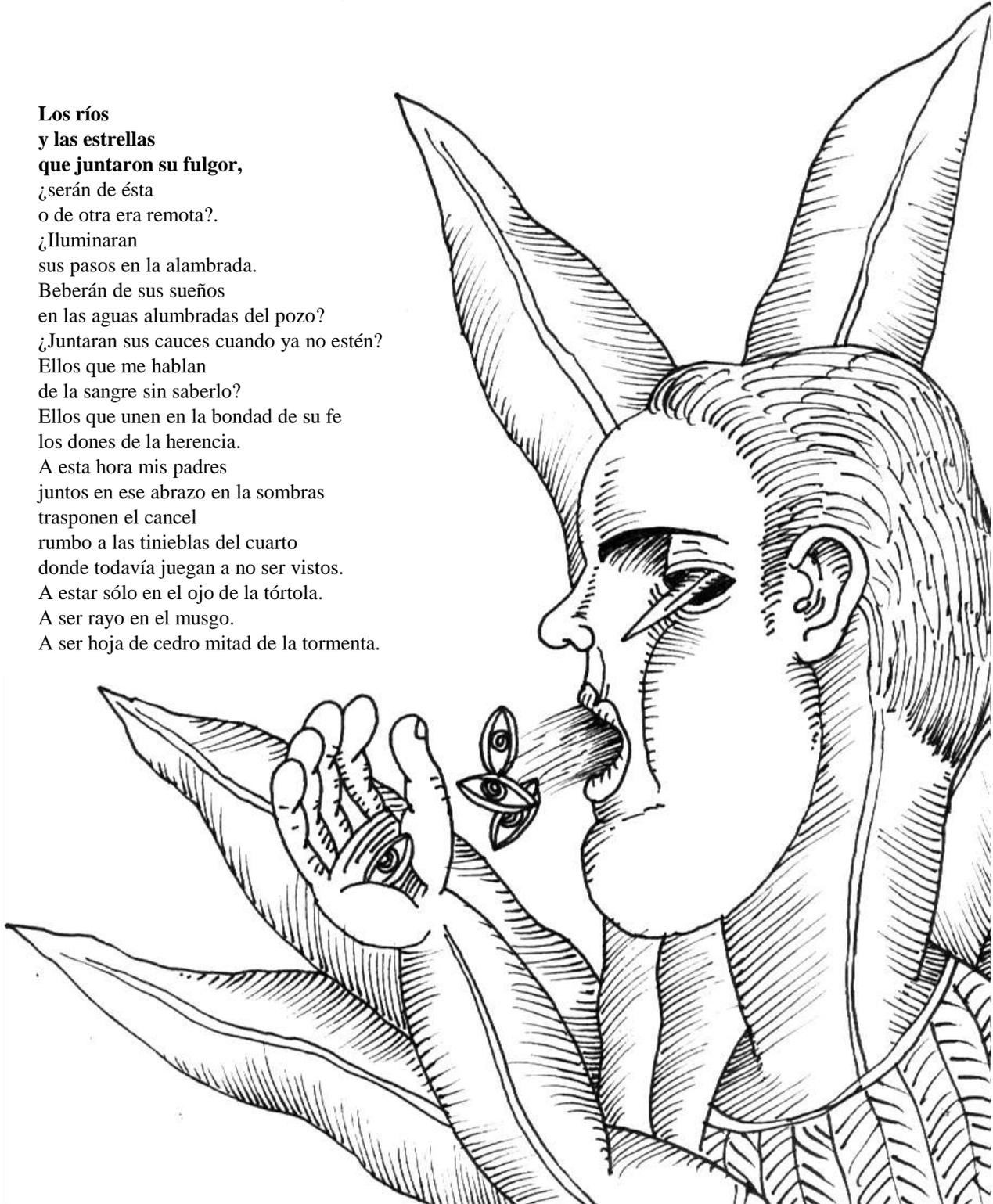
Aún no he nacido

y ya navego

en el ardor de un beso entrañable.
Me lo dicen mis hermanos
con atuendos
gestos y decires de otra época.
Que aún no ha pasado,
que aún navega en sus entrañas.
Los almanaques
en el temperamento de los astros
fijaron celebraciones
en la tiza de las cañabravas.
En el envés del cancel
donde crecieron las señas del musgo.
En las idas y regresos de nunca.
En el almidón de las faldas
y en la blancura de una camisa
donde aún palpita
el lado moro del corazón.

Israel Ríos
Llevas los ojos de puya
Y los secretos del cancel
Ardidos en la piel de nunca partir.

Los ríos
y las estrellas
que juntaron su fulgor,
¿serán de ésta
o de otra era remota?
¿Iluminaran
sus pasos en la alambrada.
Beberán de sus sueños
en las aguas alumbradas del pozo?
¿Juntaran sus cauces cuando ya no estén?
Ellos que me hablan
de la sangre sin saberlo?
Ellos que unen en la bondad de su fe
los dones de la herencia.
A esta hora mis padres
juntos en ese abrazo en la sombras
trasponen el cancel
rumbo a las tinieblas del cuarto
donde todavía juegan a no ser vistos.
A estar sólo en el ojo de la tórtola.
A ser rayo en el musgo.
A ser hoja de cedro mitad de la tormenta.



Fernando Carrasquero
El bordado de tu camisa
El rostro de adentro contra la línea
Son guarda del rosario que te nombra

Cuando nazca
en otra época estarán allí.

En su apuesta por el destino
en el lance de sus naipes marcados,
en el doble filo de sus cuchillos,
y en la tolvanera de sus pasos.
Con su música de bandola y violín
en el viento arremolinado de la tarde
y la creencia en los destellos de la broza.
Con sus nacientes de agua
y su fe en los alejamientos.
Dirán para no irse.
Mentirán para no quedarse
cuando ellos
ensimismados en sus cábalas
se hayan marchado.
Volverán en las muescas
que dejan los candeleros.
En el taño de los árboles.
En la hoja que sigue en la brisa sin caer.
En el canto de la tórtola
anidado de sus decires.

**¿En qué lugar de mi sangre
andan las pomarrosas del patio?**

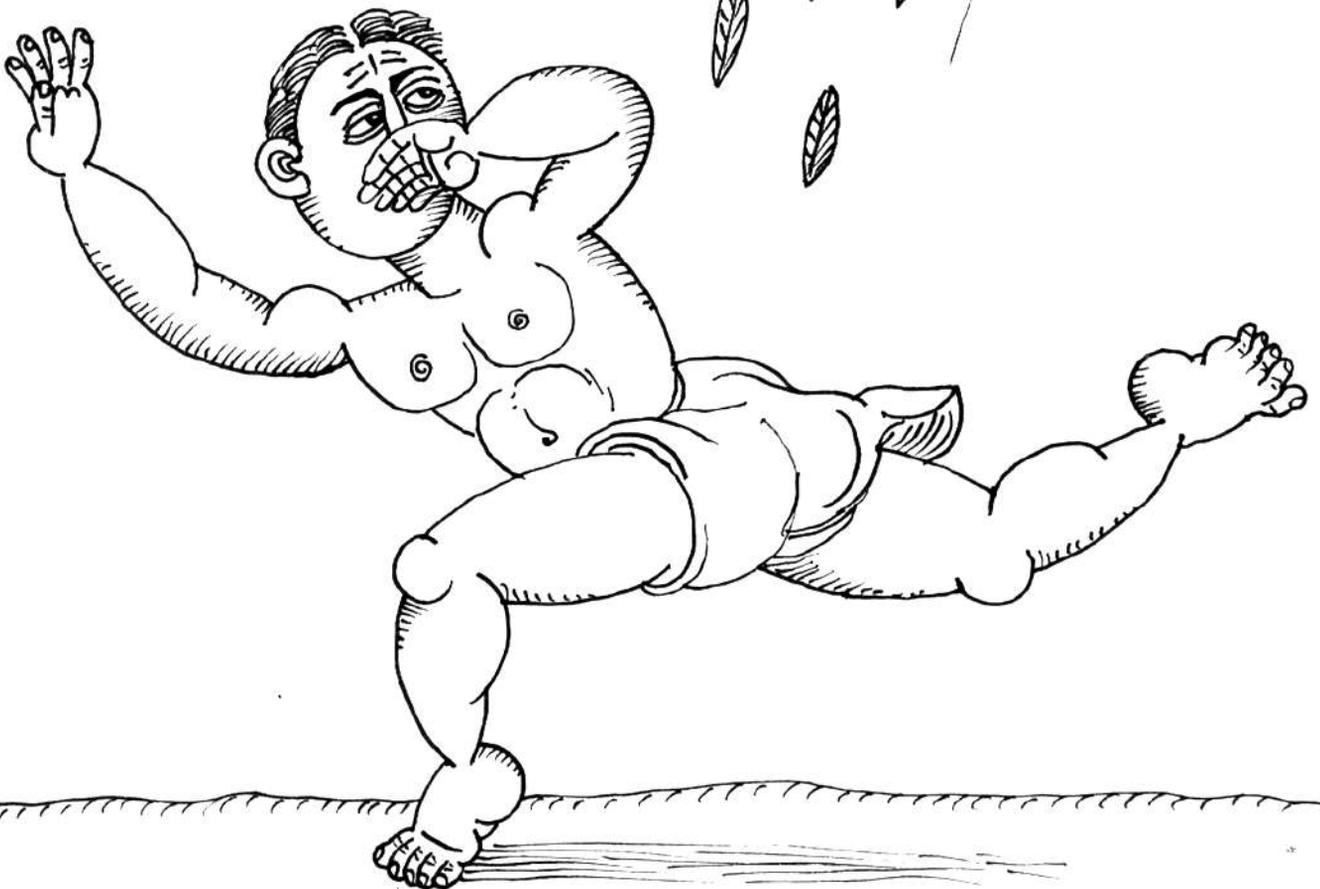
¿Dónde se juntan sus copos de azúcar
cuando esa centella de la tarde
enmudece con su luz?

Se anda a tientas
aún en el resplandor.

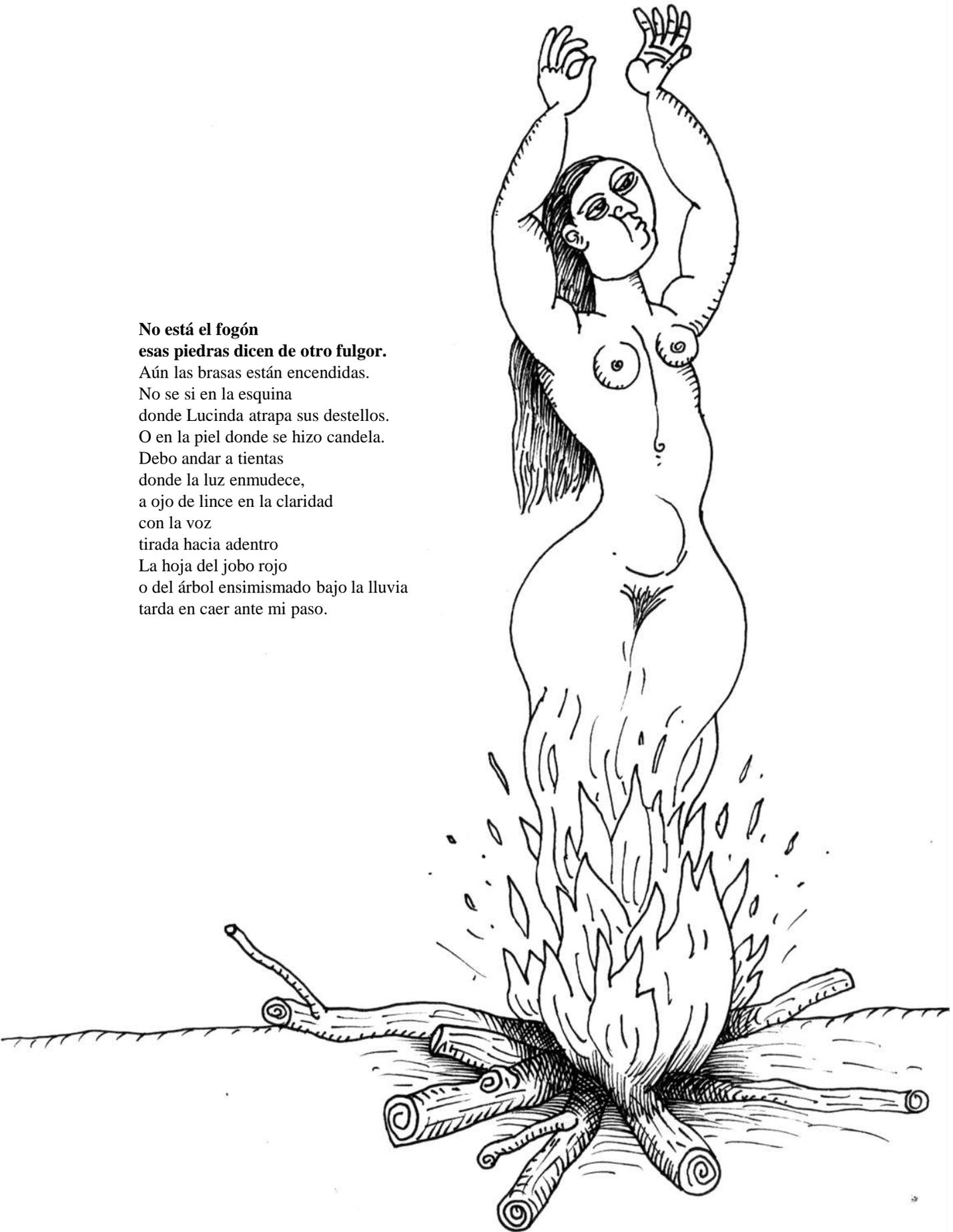
Esa hoja se ciñe a su lamento.

¿En qué época dejó su fronda
y aún no termina de caer?

¿Por qué apega tanto
el canto del juangil?



**No está el fogón
esas piedras dicen de otro fulgor.**
Aún las brasas están encendidas.
No se si en la esquina
donde Lucinda atrapa sus destellos.
O en la piel donde se hizo candela.
Debo andar a tientas
donde la luz enmudece,
a ojo de lince en la claridad
con la voz
tirada hacia adentro
La hoja del jobo rojo
o del árbol ensimismado bajo la lluvia
tarda en caer ante mi paso.



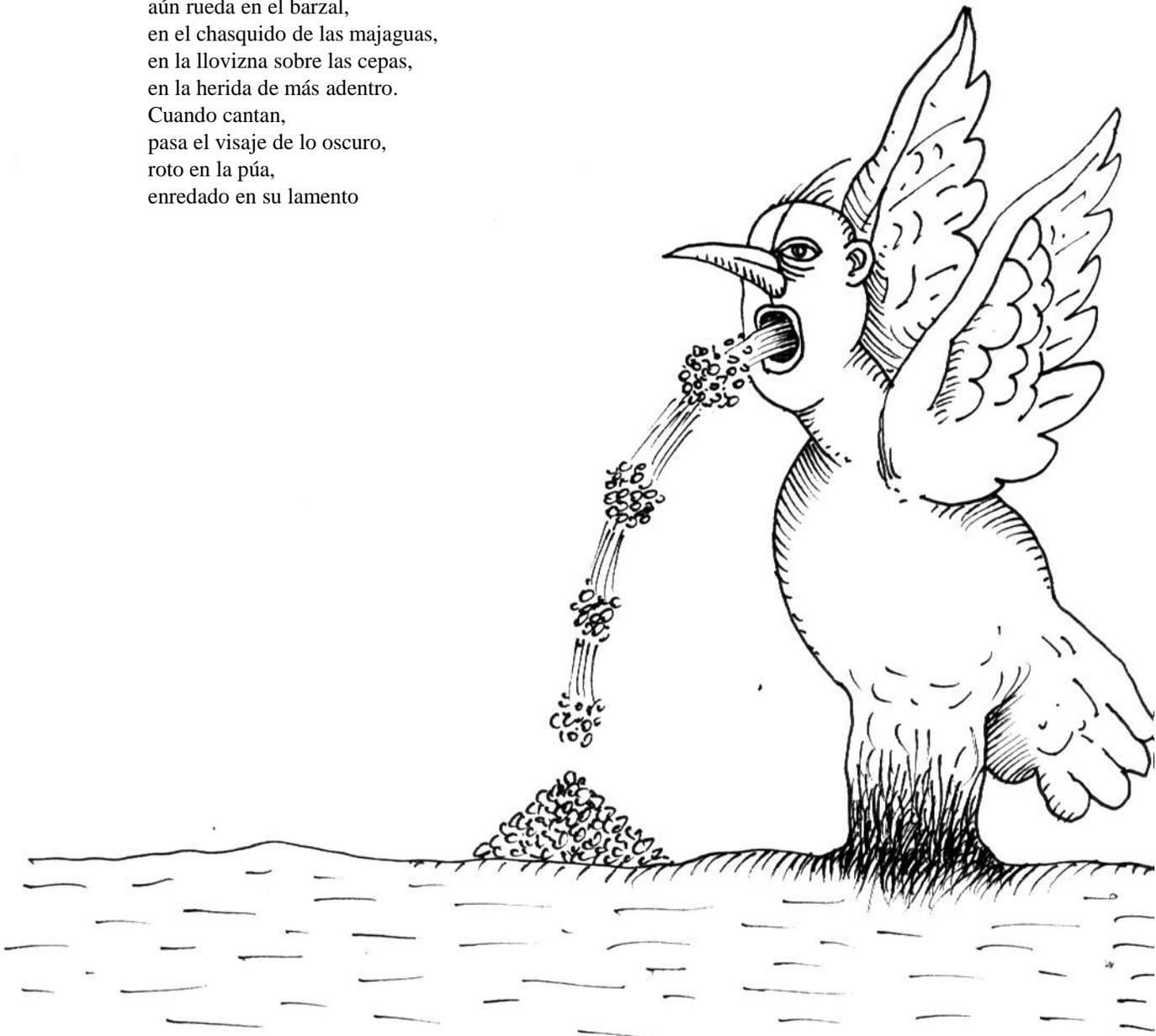


II
temperancias

**Son pájaros del barro
Su canto es de sal
Dice de su puño y letra Miguel Til
Mientras avanza al descampado**

**La hosquedad
es la lienza de alambre.**

La guacoa y el juangil,
anudaron su grito al alambre de púa .
Algo de su canto
aún rueda en el barzal,
en el chasquido de las majaguas,
en la llovizna sobre las cepas,
en la herida de más adentro.
Cuando cantan,
pasa el visaje de lo oscuro,
roto en la púa,
enredado en su lamento



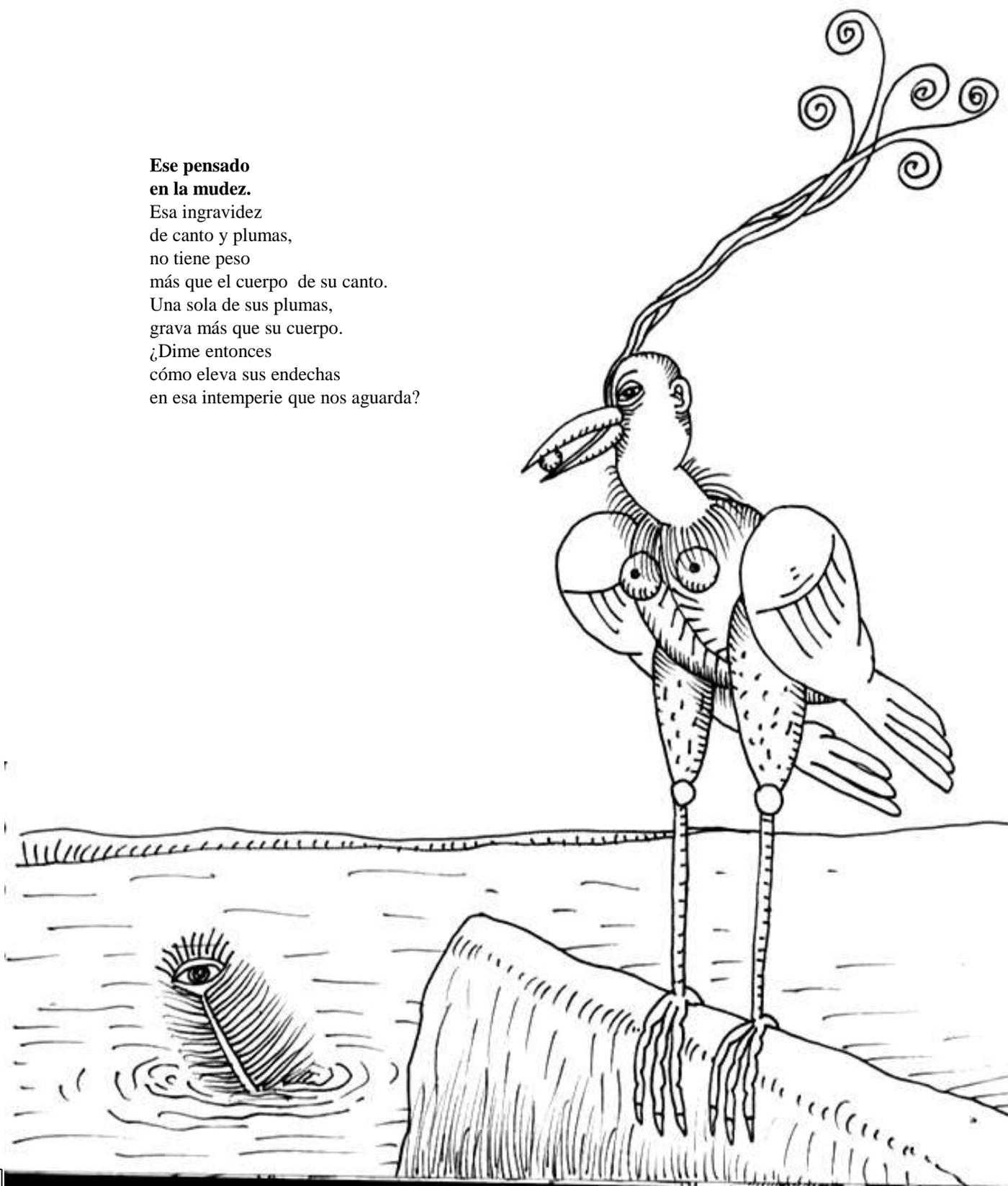
**Esa palidez
que doblega la hierba,
ya no quiere saber de cuentos.**

Ese héroe de nimio plumaje
y un gramo más de canto,
se ha mudado a la otra orilla del río
y desde allí ilumina
con la breve luz de su garganta,
la oscurana del platanar.
Esa que restaña de más adentro.

**Hay un río
en la garganta del juangil,**
cuando se nombra a sí mismo,
cuando tira de lo aciago.
El río regresa turbio
y estalla el caudal en sus venas.
¿Dime si no lo escuchas
cuando truena
y él apaga su canto?
¿Dime si no es esa grima
que se deshace en el torrente,
la que lleva ese destello
en la garganta?

**Ese pensado
en la mudez.**

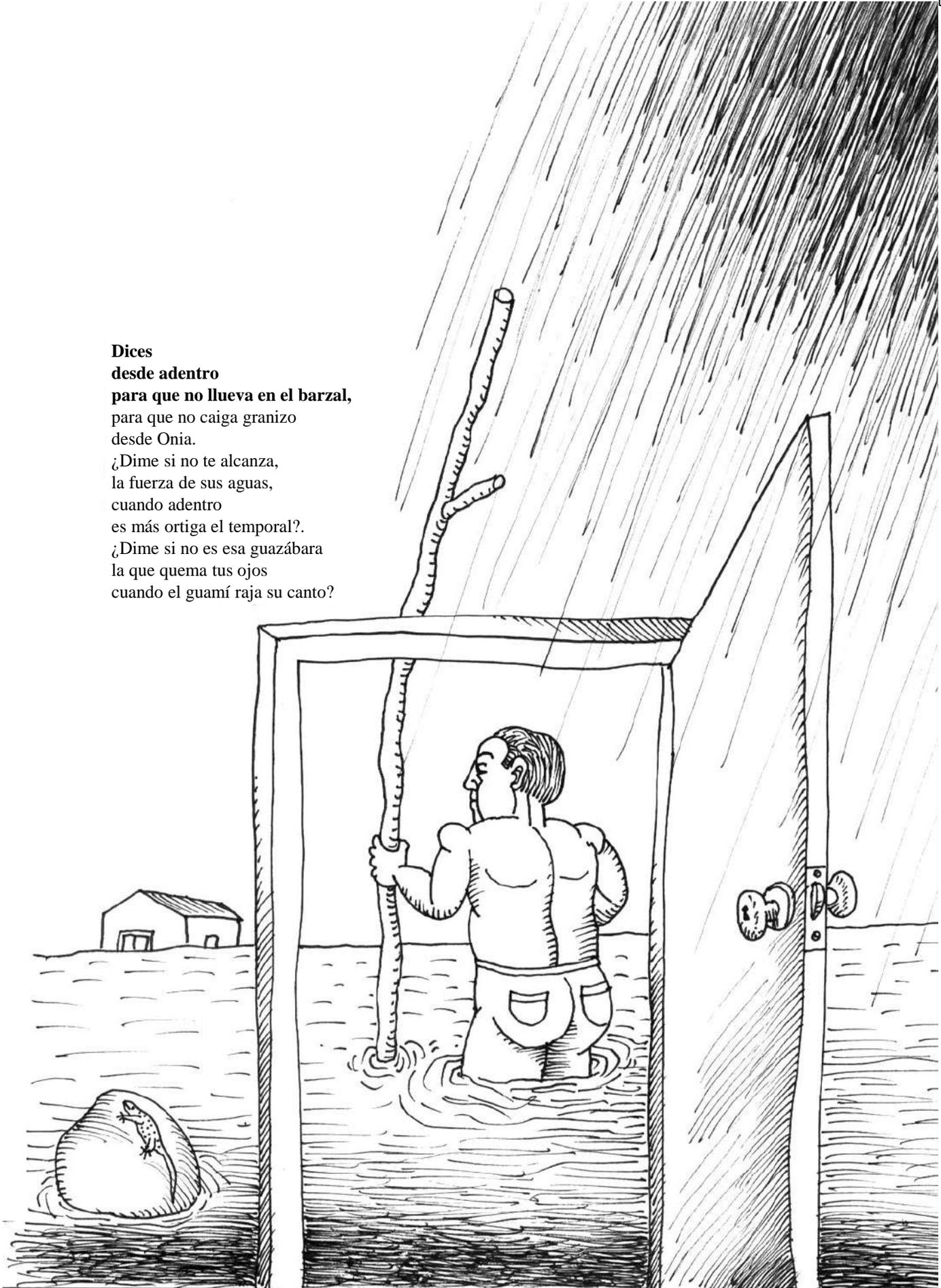
Esa ingravidez
de canto y plumas,
no tiene peso
más que el cuerpo de su canto.
Una sola de sus plumas,
grava más que su cuerpo.
¿Dime entonces
cómo eleva sus endechas
en esa intemperie que nos aguarda?



¿Cómo es cuando ya no estás?

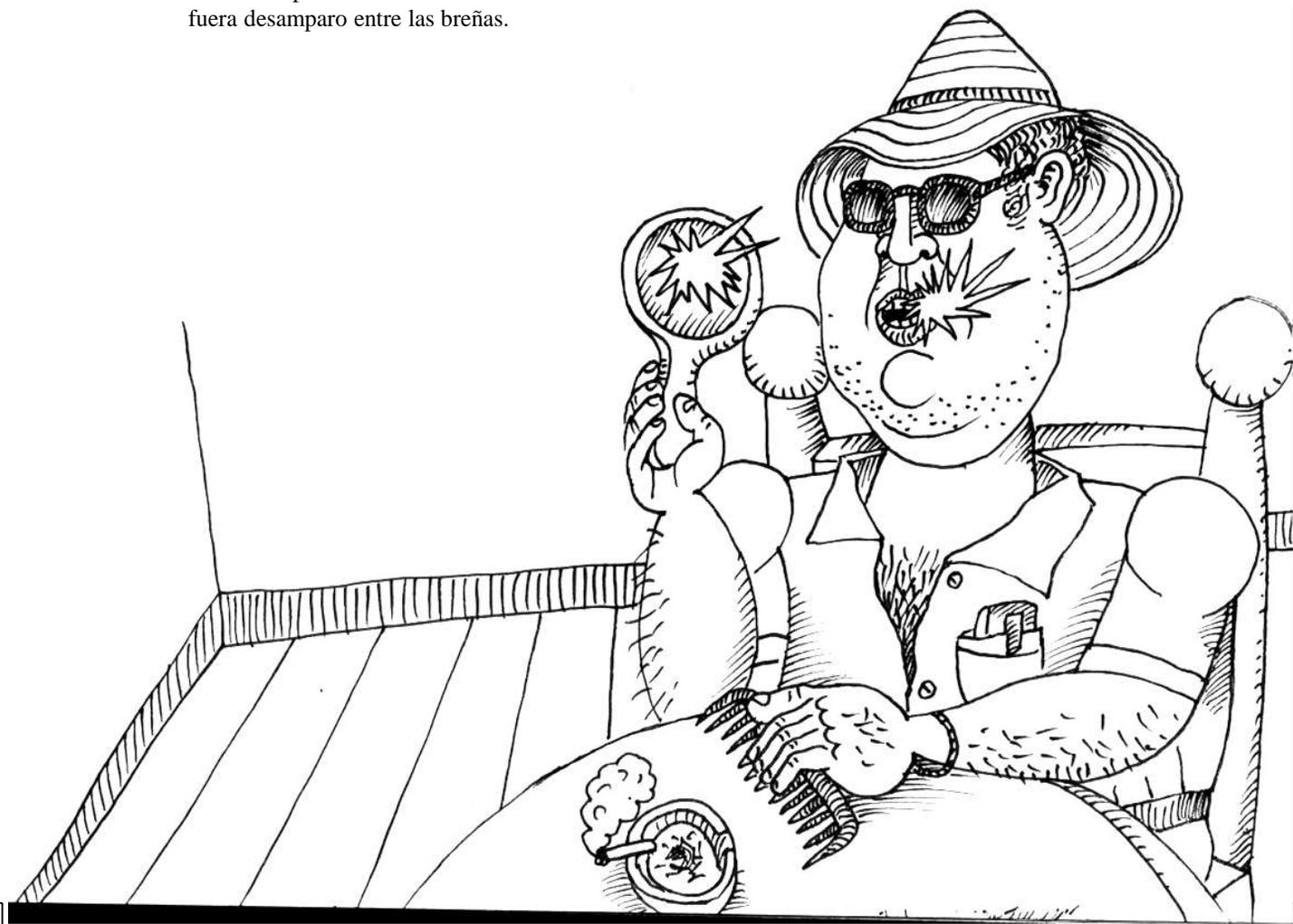
La lluvia que devora platanares,
la misma grima en el salto de la hurona,
el caudal minando la garganta,
cuando es otro el río que viene desde más arriba.
La pizarra que sucede
cuando canta la guacoa,
es una racha de grafitos en la noche.
Dices, desde otra voz,
para no despertar ese salto de agua
que llega hasta tus ojos.
Para no ser ese relámpago
que atiza la osamenta.
Esa que camina ante tus pasos.

**Dices
desde adentro
para que no llueva en el barzal,
para que no caiga granizo
desde Onia.
¿Dime si no te alcanza,
la fuerza de sus aguas,
cuando adentro
es más ortiga el temporal?
¿Dime si no es esa guazábara
la que quema tus ojos
cuando el guamí raja su canto?**



José Ángel Quintero La Cruz
Ese diente de oro ilumina el patio
Ese peine de nácar sabe de enredos
Esa alma que va no marca el regreso

Dijiste,
se marchó
desde adentro,
cómo si me hubiera ido
en las acechanzas del temporal,
cómo si en la tierra húmeda ardiera tu aliento,
cómo si las frases anudadas en el ¡Adios!,
llevaran como iniciales
el herraje del tren en marcha
el nombre cautivo en la embarcación deshecha.
Dijiste como el juangil,
como si fuera mi despedida lo aciago,
como si la partida
fuera desamparo entre las breñas.



**No nombraste a Ben,
no dejaste caer la última lágrima.**

Tocaste a su puerta,
sin nombrar su santo,
llamaste sin pronunciar su gracia.
En la niebla sólo esperas su respuesta
para que el universo
no se nos venga encima.
Esa brisa donde anda
la hoja que aún no ha caído,
la desesperada,
la avisada
que auguras en las alianzas del limo.

**Dijiste pájaro
cuando pensabas el lindero.**

Llamaste fuego
al silencio de las brozas
y quebraste el gajo de la puma gasa
para beber de su licor
cuando el caudal en las cacimbas.
Hundiste el cuchillo en la higuera
para que manara otra sangre.
Dijiste la oración al revés
y hoy en el vendaval
sigue esa piara comiéndote la garganta

Llamaste

para que no partiéramos.

Para que el caudal abriera su garganta de limo
y estallara en la venas del juangil.

Dijiste desde el musgo
cuando ya adentro

Lucinda atiza campos en la niebla.

Cuando ya canto de pitirí

bosta,

humus

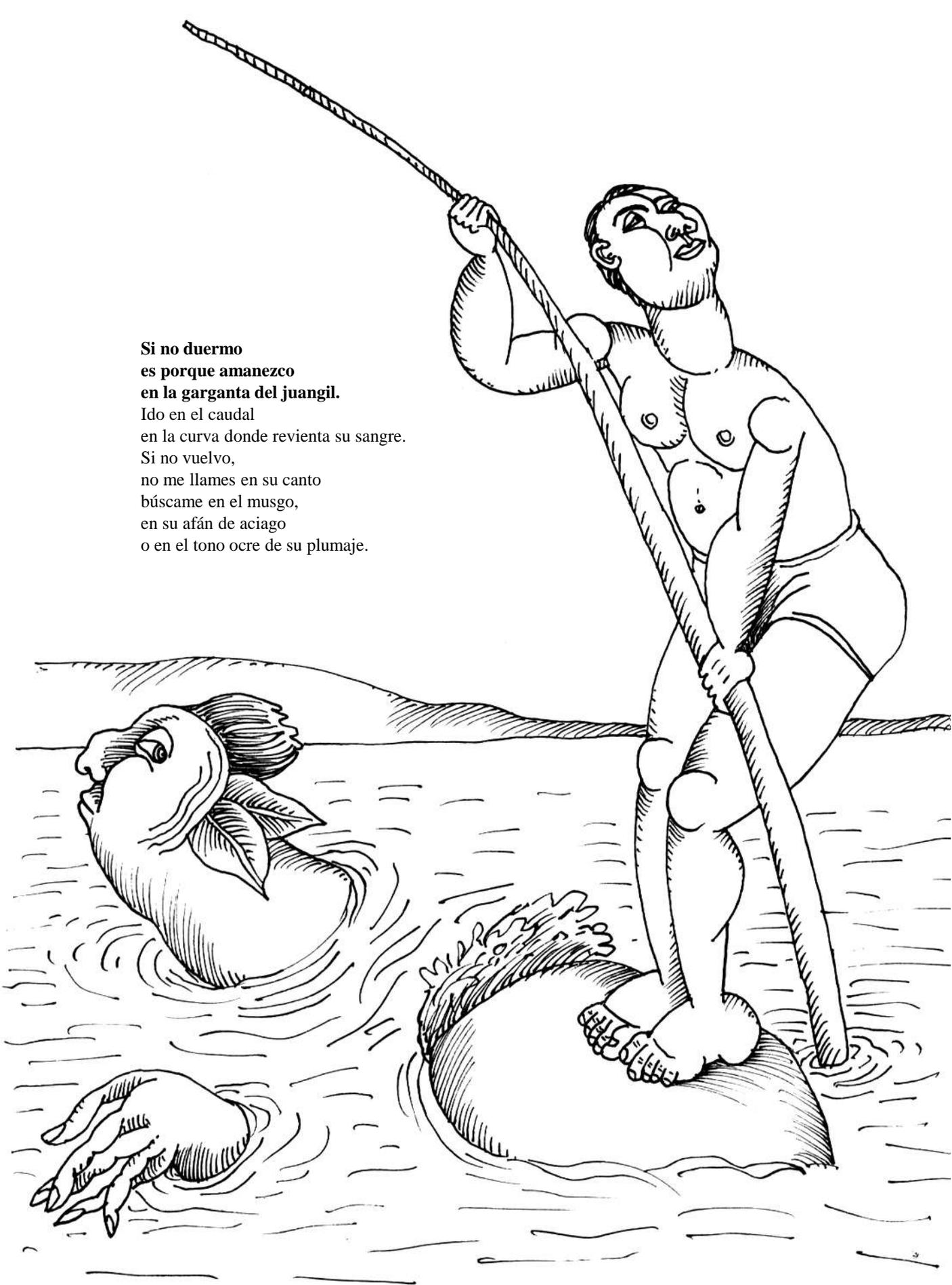
y leche de cepa,

es almizcle de nuestros huesos.

Elisa Ríos
En el rumor del juangil
En la grima de la cañabrava
¿Quién preguntó por ti cuando el caudal?

¿Dime
si no es la tórtola,
la que serena la tormenta?
La de adentro cuando truena,
la de afuera cuando no escampa.
¿Dime cuando enmudece
si no desandas?
¿Dime cuando germinan las brozas
si no escuchas su canto,
más allá del barro
donde el juangil guarda su lamento.

**Si no duermo
es porque amezco
en la garganta del juangil.**
Ido en el caudal
en la curva donde revienta su sangre.
Si no vuelvo,
no me llames en su canto
búscame en el musgo,
en su afán de aciago
o en el tono ocre de su plumaje.



**Eva desde antes
mueres desde adentro
Una sola luz te acompaña
Un estanque donde se aviva la sombra te aguarda**

**Quédate en la cepa,
en la ranura de la canaguara,**
en la calentura de la tortolita,
dijiste cuando ya
la lengua
se mezcla con barro,
cuando ya las aguas a ras de los ojos
riegan de la garganta.
Dijiste,
donde se inunda
la espina en la piel,
la lágrima esa que baja
a beber de tu rostro.

**Elina más arriba
Cuando no llamas
Hay un jagüey donde apareces**

**¿Cómo saber cuando no estas,
si aún detona la guacoa en el barzal?**
Si en sus patas se enreda
la huída de la hurona,
si entre silencios huye el aguantapiedras
si en su visaje sangra la higuera.
¿Cómo
si cuando no vuelves
hay un temblor de pisadas en el bosque?

**Más brusco adentro
el aguantapiedras lleva su república.**

En el temporal
exhibe ciudades anegadas
con sus iglesias apostadas
y plazas en vuelo.

Hay un caballo soberbio
en el castaño acuoso de sus ojos.

Es una feria
cuando no esquiva la pedrada.

Un delirio que acosa en la tormenta.

**Ya no dices desde adentro,
dejas que siga empollando la hurona.**

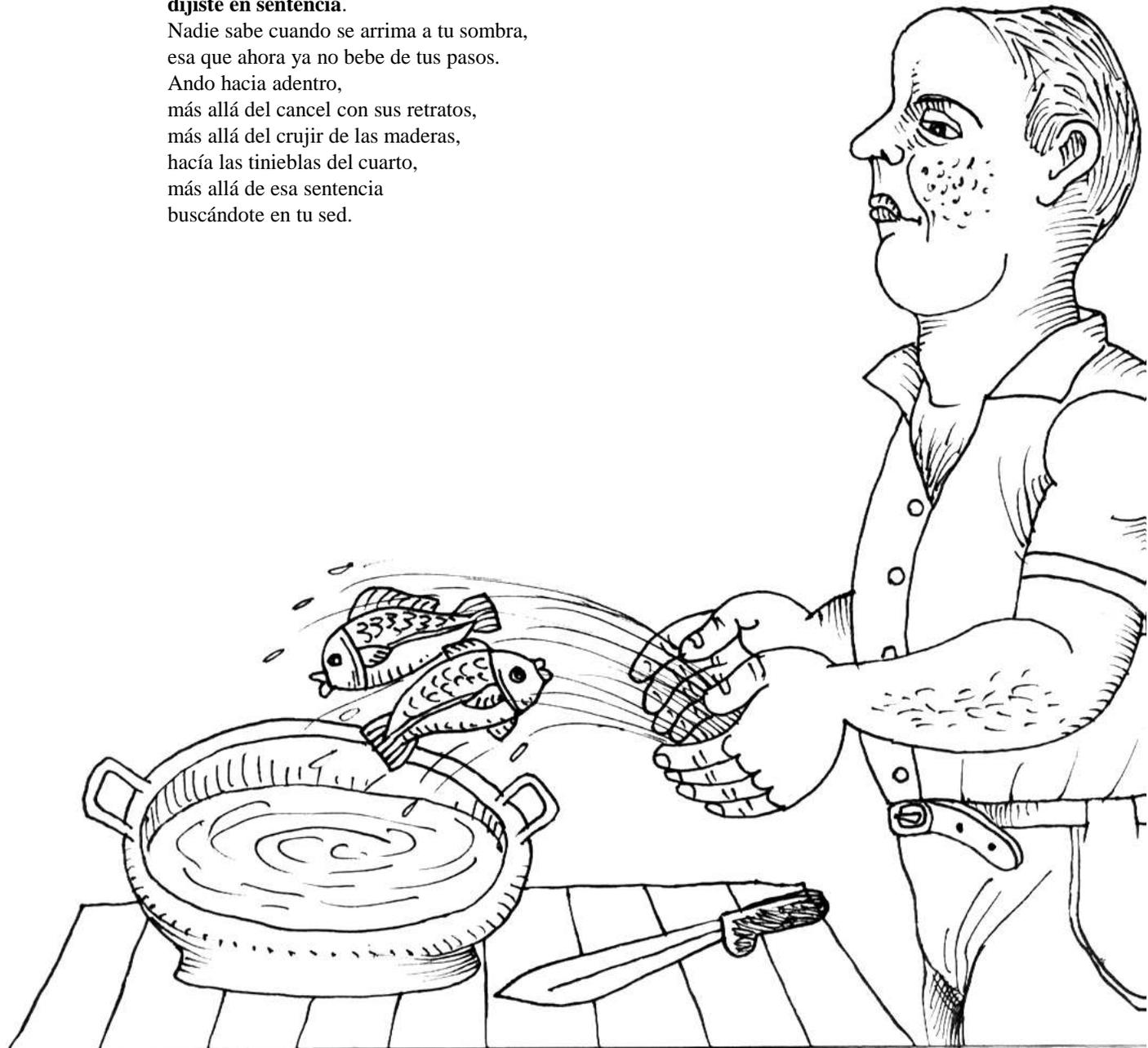
Dejas que el pitirri abata sus alas
en las cuerdas donde Celica y Casilda
cuelgan sus sueños.

Olvidas el sobrenombre del juangil,
y dejas que él,
diga desde su garganta.

Luís Fernández Rosales
Hablaste del peje
Nunca se sabe cuando el peje toma agua
De su sed en los manantiales
Aún en los destellos de la conversa
Saltan los peces en tus manos.

Nadie sabe cuando el pez toma agua,
dijiste en sentencia.

Nadie sabe cuando se arrima a tu sombra,
esa que ahora ya no bebe de tus pasos.
Ando hacia adentro,
más allá del cancel con sus retratos,
más allá del crujir de las maderas,
hacia las tinieblas del cuarto,
más allá de esa sentencia
buscándote en tu sed.



**¿Quién
causa ese estupor
si apenas es un pájaro el que canta?**
¿Quién otorgó ese poder
al juangil si no su sangre vertida al caudal?
Sólo la tórtola
en el raptó de su vuelo
conoce de renunciás.
Sólo su canto
en la herida de la higuera
reconcilia las distancias,
esa donde me asomo a tus ojos
en la noche para no verte.

Chumba Onésimo Ebi
¿Quién apaga su fulgor
Si es de la niebla su dominio?

¿Quién hila
esa chispa
entre el relámpago
y el juangil?

Cómo atiza el asombro su mudez
cuando no cede
a esa alianza de fuegos paralelos.
Cuando truena
y él apaga su canto,
¿no es más hondo el estupor?

**Cuando dices miedo,
nombras la línea.**

Para qué decir calamazo
o caballo en los rieles.

Nombras y aún en la sospecha
crece el limo en los ojos.

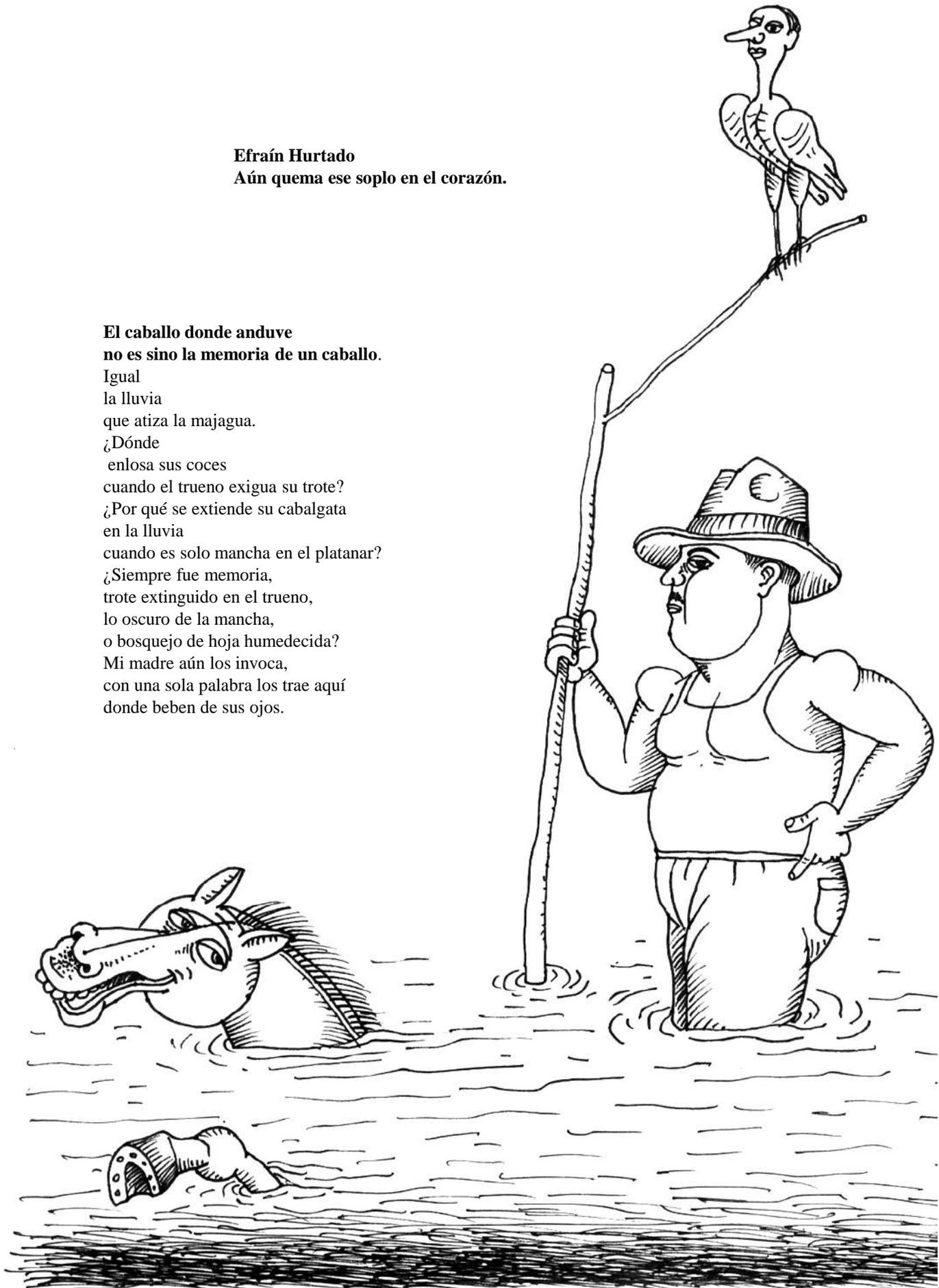
Callas y esa ausencia crece igual.

¿Quién reclama
el herraje de un tren en marcha,
las cuadernas de una embarcación en aguas
si no el gesto de lo perdido,
esa sombra que anda sin regreso?

Efraín Hurtado
Aún quema ese soplo en el corazón.

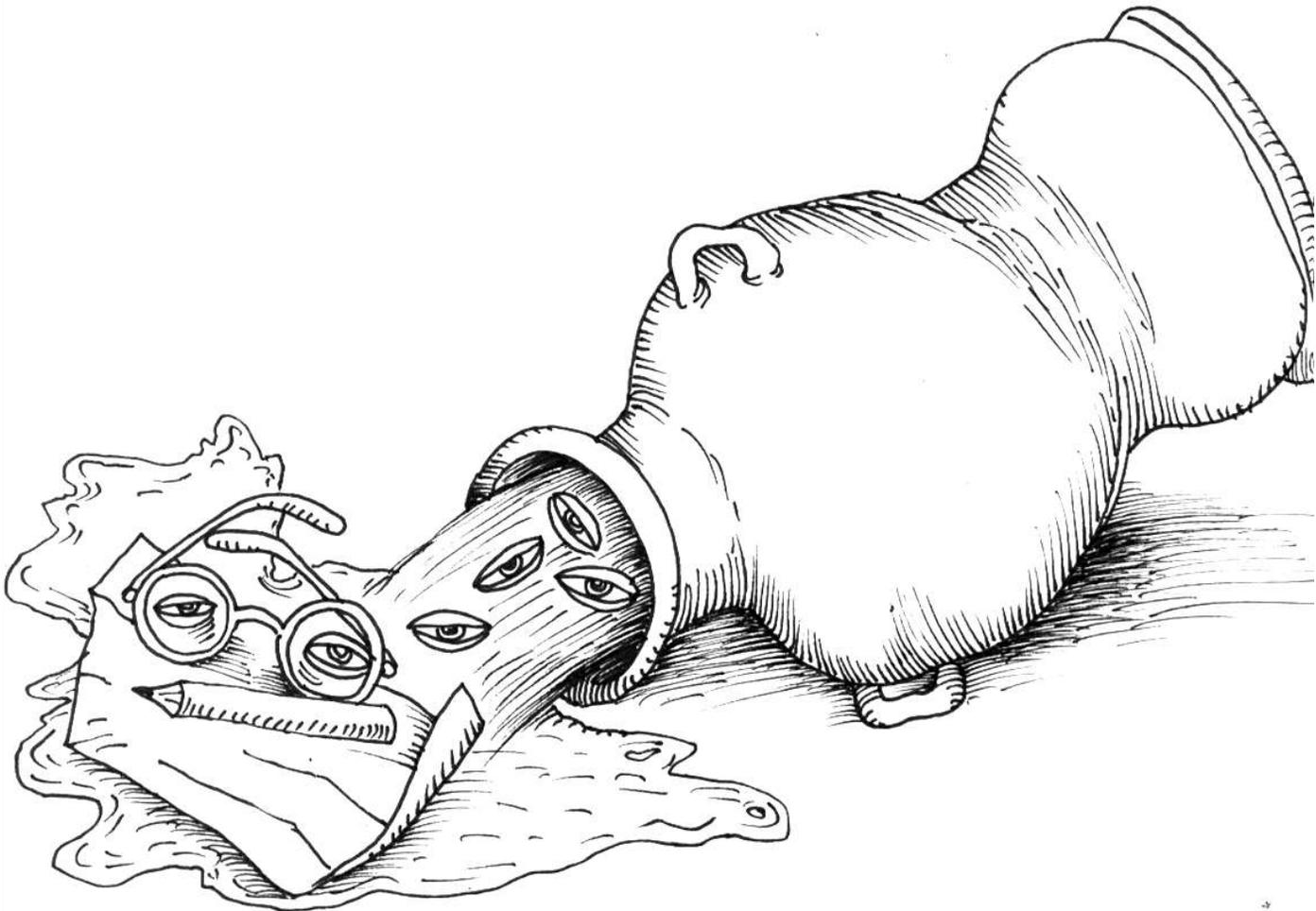
**El caballo donde anduve
no es sino la memoria de un caballo.**

Igual
la lluvia
que atiza la majagua.
¿Dónde
enlosa sus coces
cuando el trueno exigua su trote?
¿Por qué se extiende su cabalgata
en la lluvia
cuando es solo mancha en el platanar?
¿Siempre fue memoria,
trote extinguido en el trueno,
lo oscuro de la mancha,
o bosquejo de hoja humedecida?
Mi madre aún los invoca,
con una sola palabra los trae aquí
donde beben de sus ojos.



César Chirinos
Desde tu escritura
Orión sigue su curso

Mírame desde adentro
no en la playa de la mano,
donde ya están colmadas las huellas.
Háblale a ese otro
que ronda mi sombra,
que anda más adentro en los cañaverales,
si logras hablarle
dile que volví,
que estoy de musgo
en los cántaros de alfarería,



**Cómo dijiste
lombriz de tierra.**

Parada de arrieros en la lluvia.

Ortiga en la piel.

Si nunca comiste barro de grea,

si no miraste a los ojos del buey asomado a la ventana,

si no dormiste más

con el agua de canela oreada en la cumbre.

Cómo si amaneces,

ido en el caudal

navegando en la garganta del jilguero.

**Ya no llares
a deshora
cuando quieras regresar.**

Ya no indagues en los ojos de Lucinda,
quédate donde estás.

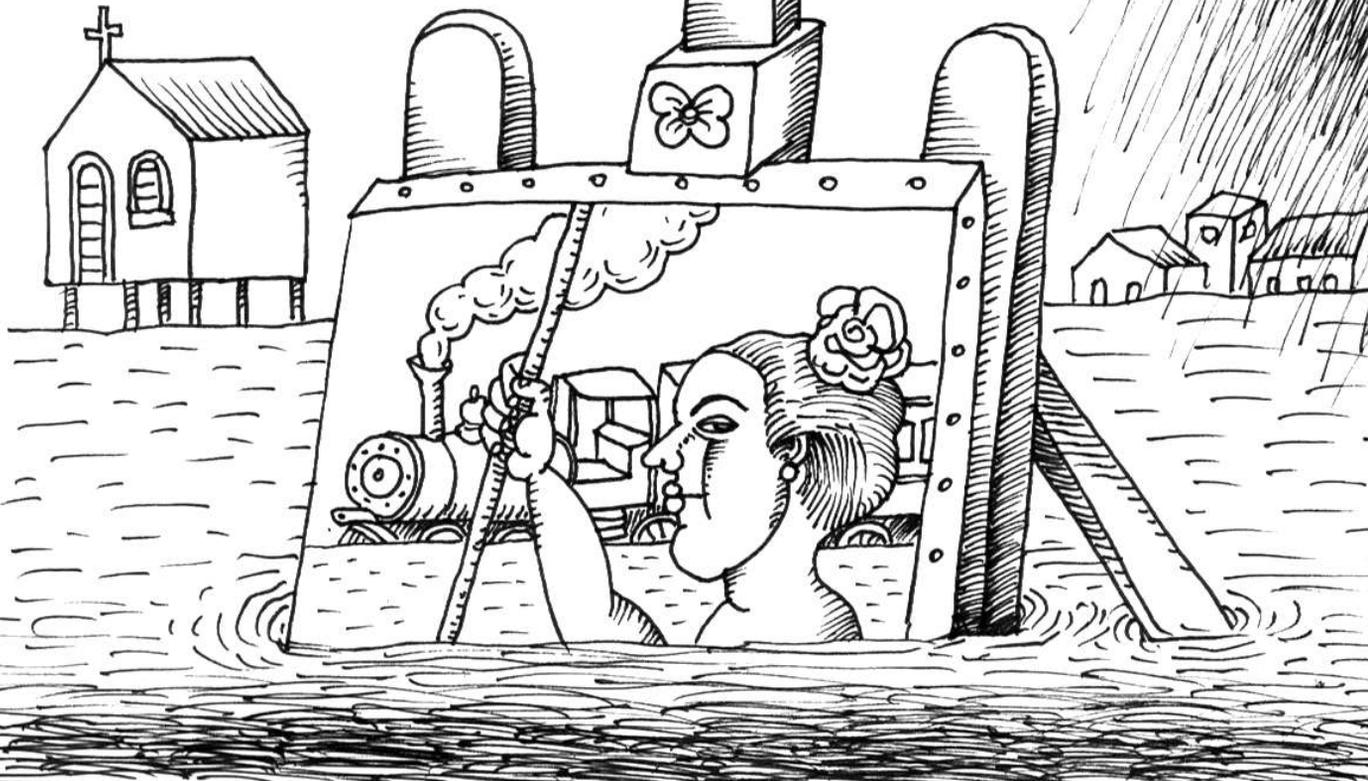
El viaje hacia adentro
está más hacia lo oscuro,
en el costado donde hinca
la llama oscura de tus ojos.

El punto en la línea
donde se deshace lo nombrado

**Si ves su sombra en el aguazal,
dile que volviste.**
Si no te escucha,
llámale con fervor a su silencio.
Ella anda más allá
en el bies de sus costuras,
en el dedal donde hinca su sangre
en el punto en cruz donde zurce la noche .
Su aroma
lo atrae la lluvia
en la costura de su herencia
en el perfume del pañuelo
donde anotó las iniciales de tu ausencia.

Ender Cepeda
Bajo el reino de tus múltiples miradas
Hay una sombra que juega a no ser vista

* **Quieres estar
donde se olvida,
o renunciar en la niebla.**
Olvídalo, ya el potro marcha sin ley.
La Ceiba detona sus fuegos en el patio
y Chumba Ebi Onésimo
son el temporal.
Ya no hay regreso,
la embarcación deshecha
navega hacia donde no hay retorno
en los rieles ninguna máquina avanza.
El celaje apenas si registra sus nombres
en el canto solícito de la tórtola.

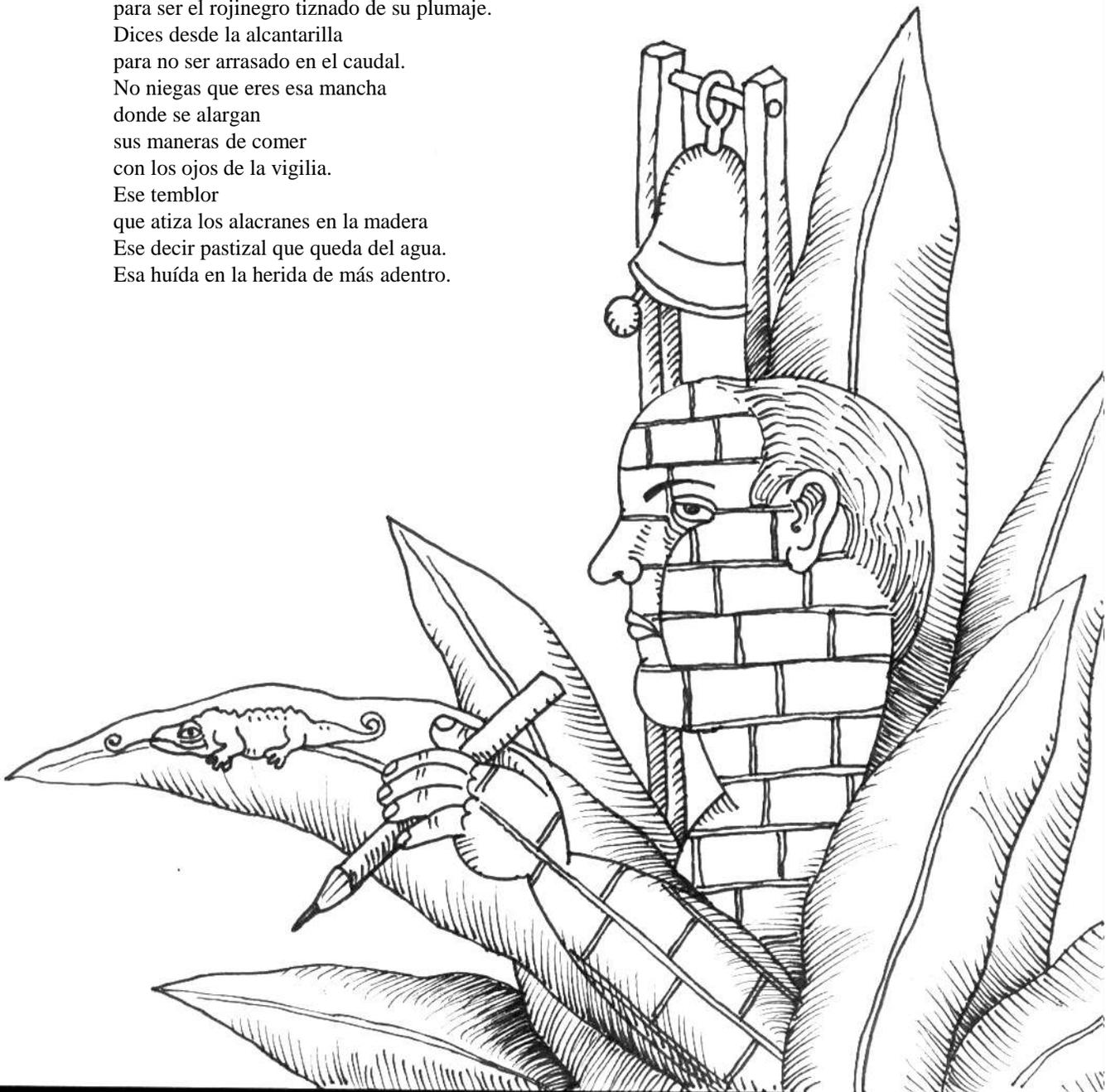


Ya no los nombres
siéntelos en las sonajas de sus huesos,
escucha sus latidos en el sudor de sus camisas,
si quieres corre paralelo a sus sombras
hasta el largo chasquido de sus pasos.
No los busques
en el tono tiznado de sus voces,
en el rasgado de sus gastadas guitarras,
en sus enseres apuntalados a cuchillo.
Más acá de la memoria,
hay un cuaderno que apenas
si resguarda su aliento.
Tiéntalos en la mancha de plátano
y si los consigues
escúchalos en la garganta animosa del juangil.

Pedro Cuartín
La casa de bahareque
Aguarda un huésped permanente
Ese por quien doblan las campanas
Cuando la piensas

Silbas en la garganta del juangil
para ser más ortiga en el platanar.

Clamas al guamí
para ser el rojinegro tizado de su plumaje.
Dices desde la alcantarilla
para no ser arrasado en el caudal.
No niegas que eres esa mancha
donde se alargan
sus maneras de comer
con los ojos de la vigilia.
Ese temblor
que atiza los alacranes en la madera
Ese decir pastizal que queda del agua.
Esa huída en la herida de más adentro.



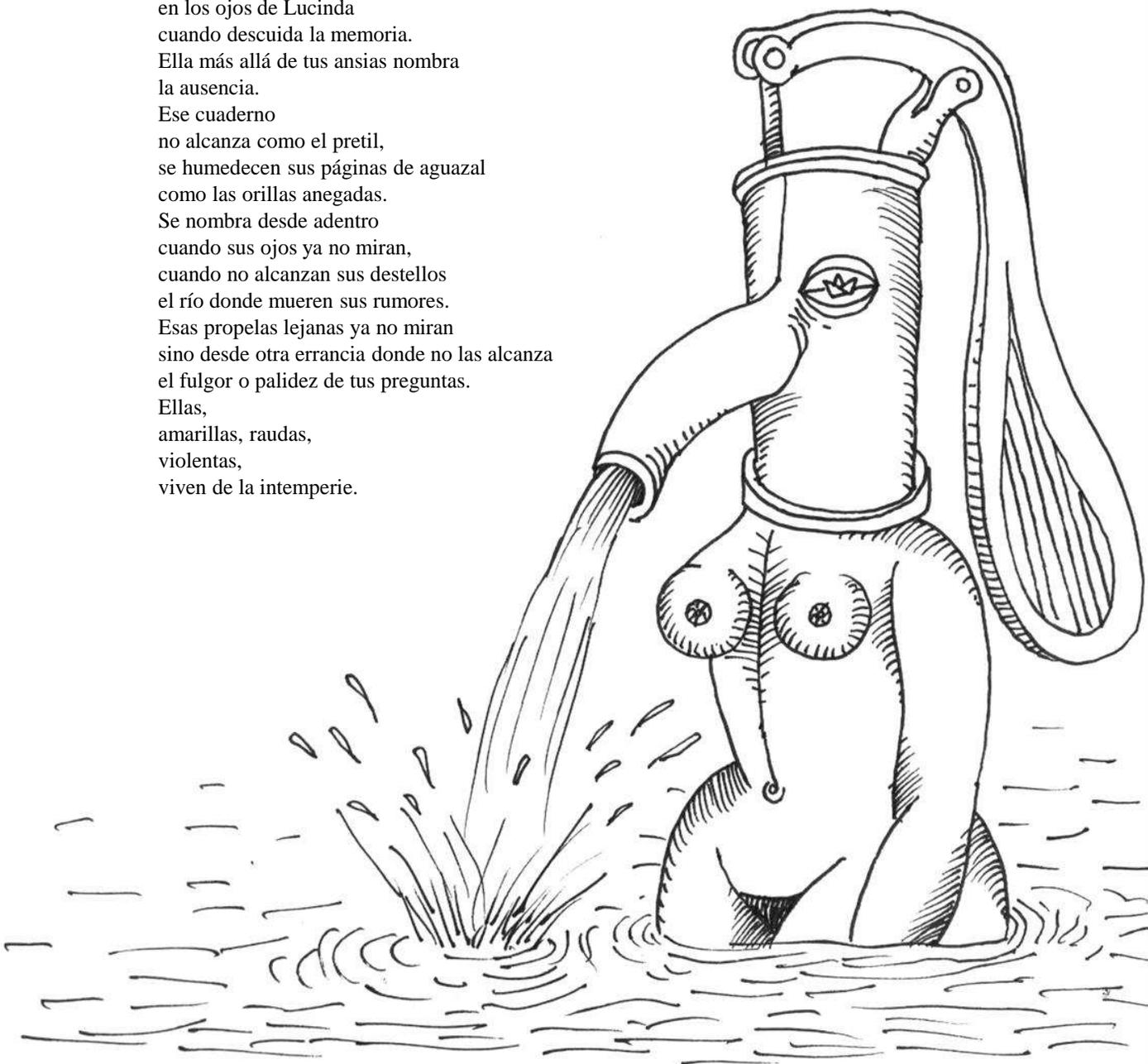
**No quieras volver
en esa figura que amedrenta
en esa mirada que seduce o aquieta.**

Deja orear las aguas de las tinajas
donde aplacan su sed los lagartos de la noche,
recuerda que es agua de lluvia,
y ella misma los devora.

Cuando amanezca
no seas esa sombra clandestina
que bebe de sus ojos.

No quieras sentir cuando no estés.

Es más largo el suplicio
en los ojos de Lucinda
cuando descuida la memoria.
Ella más allá de tus ansias nombra
la ausencia.
Ese cuaderno
no alcanza como el pretil,
se humedecen sus páginas de aguazal
como las orillas anegadas.
Se nombra desde adentro
cuando sus ojos ya no miran,
cuando no alcanzan sus destellos
el río donde mueren sus rumores.
Esas propelas lejanas ya no miran
sino desde otra errancia donde no las alcanza
el fulgor o palidez de tus preguntas.
Ellas,
amarillas, raudas,
violentas,
viven de la intemperie.



**Dices desde otra oración
para restaurar el mundo.**

Dios está enternecido en su silencio,
la lluvia
y el árbol continúan su diálogo
y allí en sus ramas se estremece
la tortolita,
reacia a comer de tus manos
esquiva en su comportamiento,
sólo atenta al parlamento
de la lluvia y el follaje.
Solo canta en su rumor,
desde otra inmensidad.
No sé si pregunta,
no sé si sueña
no sé si despierta,
sólo que el filo de su rumor
inaugura el ritual
donde comienza
otra vez la imagen furtiva
de su vuelo.



III
comediantes

Chumba Ebi Onésimo

no tienen pares.

Lo mismo vendaval chubasco
que garúa.

Abruman en círculos
sin terminar de encontrarse.

Sin nombrase
asocian sus ecos al musgo
donde los contienen renuentes pretilos.

Se adhieren a la piedra
donde lo aciago anuda sus gritos.

Uno en las huellas del barro

Uno cuando el humus
acerca sus fervores en la zipa.

Se anieblan para ganar en la partida
la intensidad del patio que los borra.

A esta hora

humus somos.

Canto de gonzalito.

Zumo de cepa

en los vestigios del platanar.

Dices donde el sudor es la sal del agua.

El vendaval nos tiene

con piedras en los ojos.

La cal del zócalo es de agua.

La fronda de los árboles es mineral.

El canto del guamí es salobre

Y las cruces van más allá

donde no las detiene esa sed de olvido.

**Ninguno los espera
cuando han regresado.**

Ahora cuando nadie los nombra
si no desde adentro
donde ya no se escuchan.
Si no sus pasos en el alambre
que regresan sin llegar.
Se adhieren a las paredes calcinadas.
Irrumpen en el barro.
La luz que se aloja en los juncos
ignora su presencia.

A esta hora

humus somos.

Canto de gonzalito.

Zumo de cepa

en los vestigios del platanar.

Dices donde el sudor es la sal del agua.

El vendaval nos tiene

con piedras en los ojos.

La cal del zócalo es de agua.

La fronda de los árboles es mineral.

El canto del guamí es salobre

Y las cruces van más allá

donde no las detiene esa sed de olvido.

Despachan el polvo de los enseres

y derrochan sonajas
que deshace la lluvia.
Las palabras más acá de sus andanzas
ya no llegan.
Se rinden en sigilos.
Sin embargo, dices,
sus maneras vienen del musgo anterior.
Más allá del lino añoso de sus camisas
están sus sombras en lidia.
Más allá de sus lámparas
encendidas en la travesía donde dobla el camino
esta la luz hincada de sus miradas.
Más allá del licor de penca rezado por Israel
hay un aroma tenaz en la pata de la higuera.
Quizás desde la huella huidiza
de la canaguara
cuando persigue sus pasos.
Quizás desde el sol de agua
que se acuña en sus mudanzas
donde el viaje es sólo el comienzo,
el umbral de lo íngrimo.
Cuando no llega a partir.
Cuando se angosta de sed.

**Viajan en el hollín,
en la lumbré de las ranuras del curarire.**

En el musgo crecido de las tinajas
hay espejos hundidos con sus barbas.
En el juangil cuando silba el pavor
desanda su terco rostro verde.
En el visaje de la canaguara cuando los oculta.
Olvidadizos
yacen en lo roto.
A trasluz se ven sus cuerpos
deshilachados contra la lienza de alambres.
Y se desvelan sus palabras sin eco.
La casa que sostiene sus efluvios
frecuenta sus andamios.
Nada la contiene
en un viaje que no promete retorno
que celebra el amago.

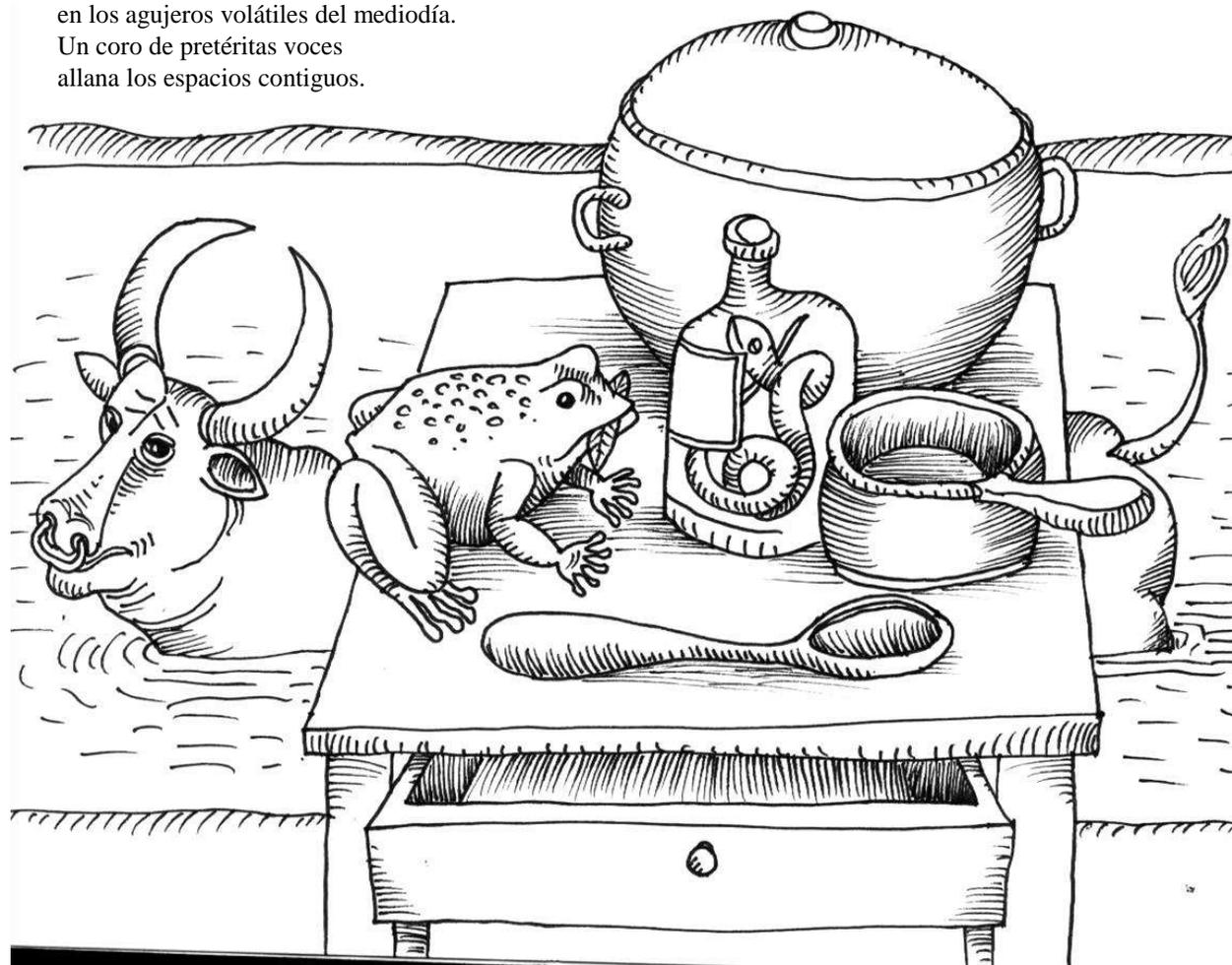


La campana
que dobla sus ecos en la memoria,
olvida sus pasos en la tierra.
Secundan sus silencios
con severas inclinaciones ante las sombras.
Cultivan un viaje
en círculos que se desplazan
más hacia otras hendiduras.
No sé si hacia las cimas del barro.
No sé si hacia la ranura
donde reposa la canaguara
cuando descama su piel.
No sé si adonde habita la tórtola
cuando acalora su plumaje.
¿Cuánto viajan hacia adentro
las murmuraciones de sus voces,
las presencias negadas de sus gestos,
no es sino la distancia que los ahuyenta
en el eco irreplicable de su fuga?
Van cuando ya regresan.
Moran donde se propaga el olvido.

No lo sé
desde este aguazal,
cuando borra sus pasos
que niega sus voces
porque miente sus nombres.
Y sin embargo
esparce sus ecos desde adentro.
No lo sé
porque las aves acuñan sus cantos funerarios,
cuando sus pasos desandan en la plaza,
ahora cuando detona el cansancio de sus hierros
porque vuelve un viejo cauce.

**El peltre de la casa
cela de sus huellas calcinadas.**

Ese pocillo de más allá,
en el ramo del taparo
guarda la borra de café
donde se asoma la lagartija
a beber de sus gargantas.
Ante sus silbidos
cruje la madera en sus resinas,
y recrudecen
los sones de antiguas acústicas.
Lucinda atrapa sus destellos
en el hollín del fogón
cuando se desvanecen sus presencias
en los agujeros volátiles del mediodía.
Un coro de pretéritas voces
allana los espacios contiguos.



**La hierba
gusta del rocío**

donde se agitan sus encuentros.
El buey que persigue sus pasos
y desaparece en el círculo de la alambrada
no es si no un sueño de adversarios.
El aire endurecido ante sus yelmos,
el resuello hasta la nervadura de sus cascos
es un duelo al descampado.
No hay temporal
si no sus ojos en el agujero de la ventana.
No hay cabalgata
donde no rueden sus cabezas,
amagando las nuestras
que vuelan más allá de sus pezuñas.
La hamaca tirada de los horcones
es un ovillo ante sus templanzas
El agua de canela,
reada en el dintel,
no calma anima lo oscuro.

**Viajeros
cubren las distancias
con desgano.**

Lo de ellos
más hacia la orilla
insospechada de sus andanzas,
en las hendiduras
donde mira secreta
la canaguara,
en los lamparones de la lluvia
donde instala antiguos mapas,
en el insecto que ronda sus huesos,
en la hurona cuando rompe sus nidos
es seguir rodando como viejos astros.

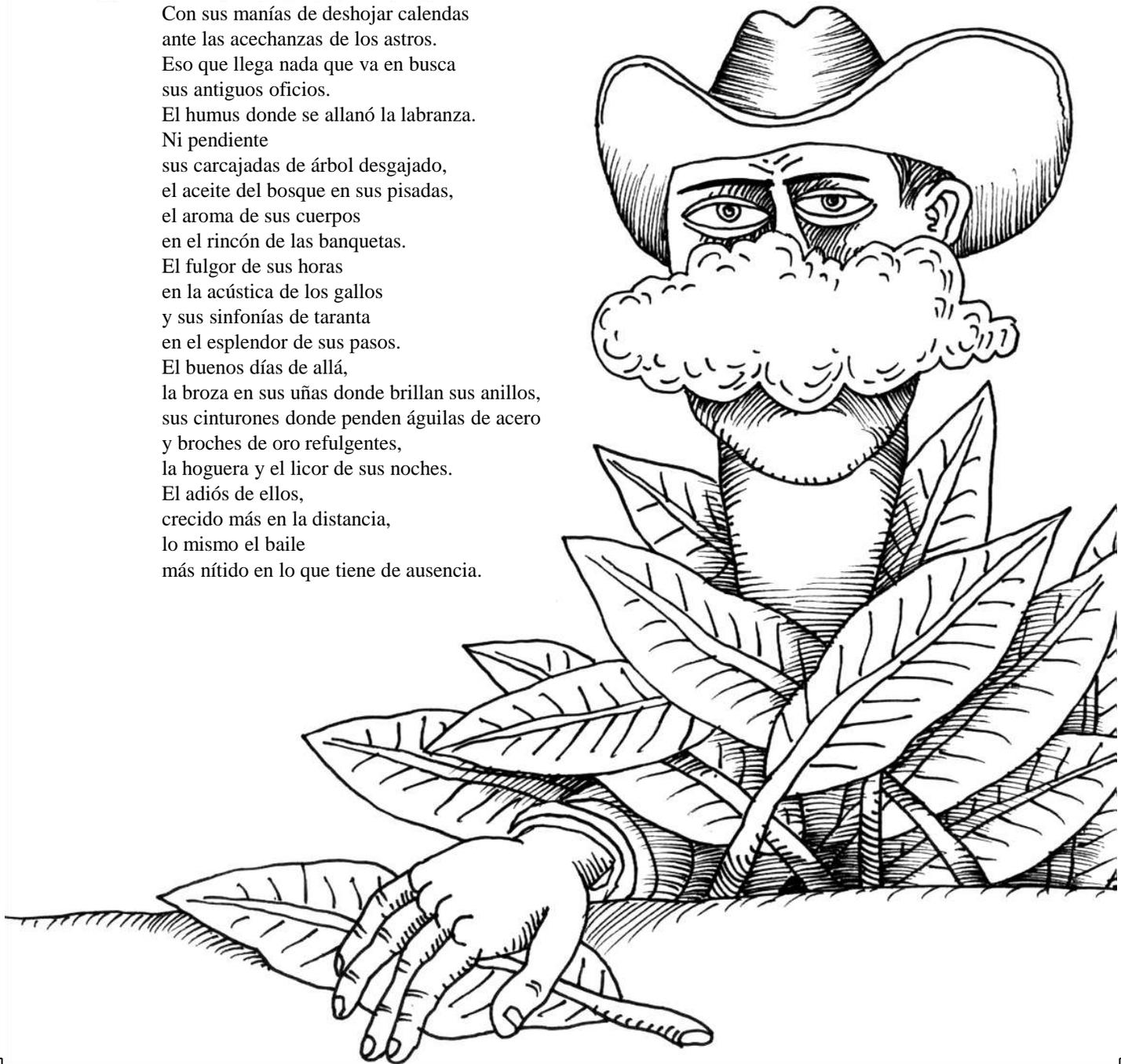
**Aguardan un sol de agua
que no termina de irse.**

A veces se prenden de su cola
y terminan jadeantes contra el pedrerío.
No se anda más sino entre brumas.

Lo que sostiene
apenas es un delgado hilo
que pende del almendrón.
Hacia los linderos se despoja la muerte
que desconoce sus voces
y llama a ignorar sus andanzas.

Nerio Carrasquerro
Árbol que desgaja sus cimientes en la niebla

**Eso que llega
nada tiene que ver con sus talantes.**
Con sus manías de deshojar calendas
ante las acechanzas de los astros.
Eso que llega nada que va en busca
sus antiguos oficios.
El humus donde se allanó la labranza.
Ni pendiente
sus carcajadas de árbol desgajado,
el aceite del bosque en sus pisadas,
el aroma de sus cuerpos
en el rincón de las banquetas.
El fulgor de sus horas
en la acústica de los gallos
y sus sinfonías de taranta
en el esplendor de sus pasos.
El buenos días de allá,
la broza en sus uñas donde brillan sus anillos,
sus cinturones donde penden águilas de acero
y broches de oro refulgentes,
la hoguera y el licor de sus noches.
El adiós de ellos,
crecido más en la distancia,
lo mismo el baile
más nítido en lo que tiene de ausencia.



La hoguera donde se encienden sus señas

es un tronco de ceiba en medio del potrero.

Allí a esa intensidad recalán.

El potro montado al revés

no obedece a sus designios.

La sogá anda donde no la alcanzan

sus oraciones.

Lo mismo el rucio, sin ley,

escotero más allá de las cacimbas

Todo por ser hijo de un echor arrebatado.

Dicen desde otra leña,

sólo cáscara de jobo rojo

o leño de algarrobo encendidos bajo la lluvia.

Óleos penetrables en la hierba,

cuando el aguacero es pura niebla

que adormece sus juncos.

**Caudal que deshace la casa de arcilla
Cauce que funda el patio de grea
Escalante de tus aguas más adentro del sueño
Hay una madre de agua que bebe de tus ojos
Eres el río que se mete en la casa
Eres el río que sale del sueño
Jura, por esta cruz,
Bernardo Villasmil a remo en sus aguas**

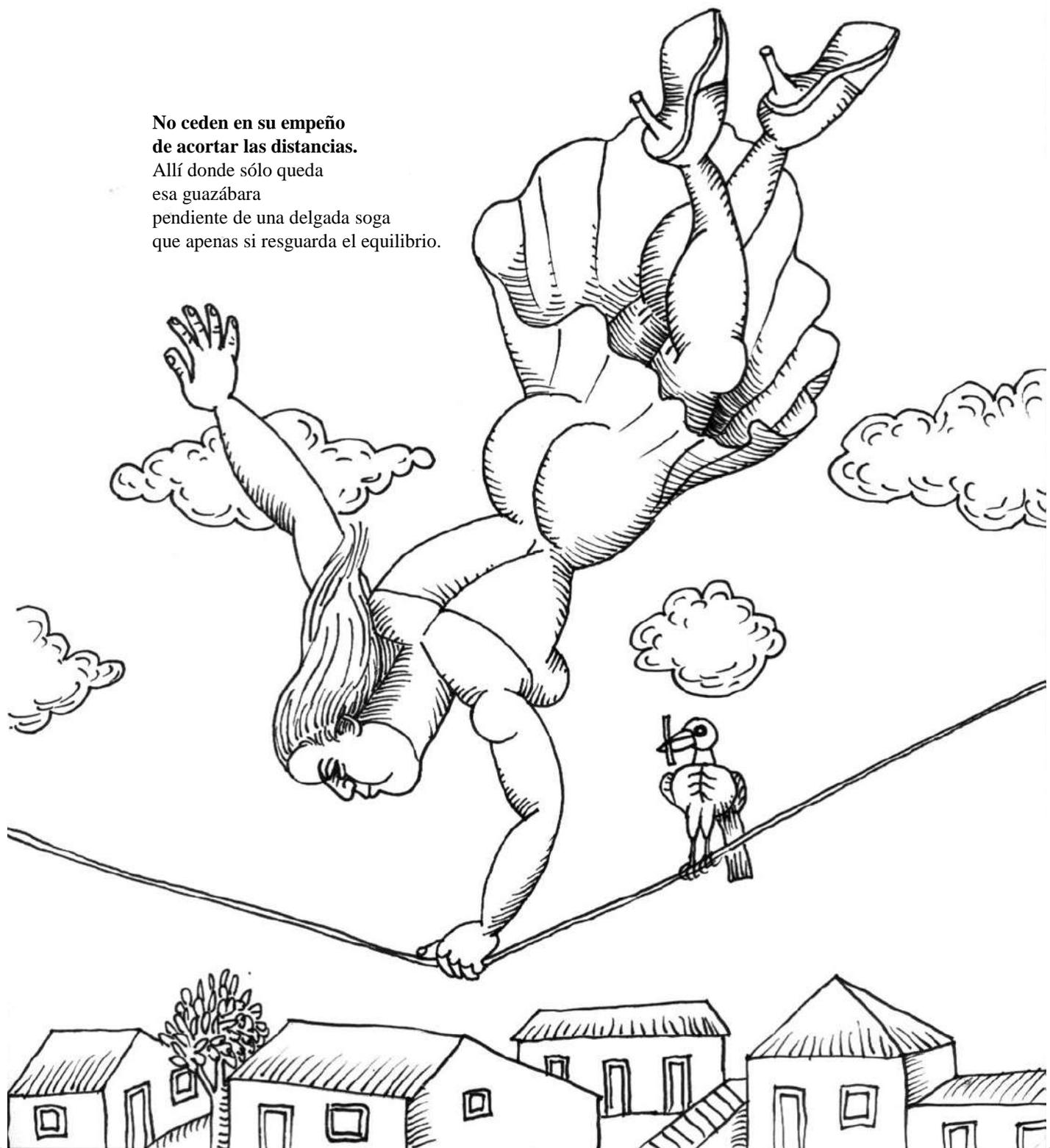
**Eso que se escurre entre las cañas
y engaña con su deslizamiento**
cuando abreva en El Escalante
y oculta su faz acolmillada,
que eriza
y huele a barro calcinado,
a amasijo de peces, víboras
y plantas acuáticas,
que es canto de guacoa
o ave pérfida
y guarda su poder de una delgada cabuya
atada al árbol de almendrón,
 nombra más bien desde atrás,
 desde otra orilla donde sus voces
entre brumas ya no se escuchan.

**Lucinda
La lumbre
Está más acá
Donde no ilumina tus pasos**

**Se guarda silencio desde adentro
donde no llegan**

los cascos hirientes de sus cabalgaduras
a trote desde otra playa.
La errancia nocturna de los bueyes
con sus lunas de sangre
en el torbellino de sus cascos.
La vigilia de un tren en marcha
con sus pasajeros de ojos ahuecados
donde se aloja el musgo,
los pasos silentes de embozados,
allá donde la luz escurre bultos en el barzal,
el aire presagioso del juangil,
que ya no dice más que su nombre
atizado de muerto,
ahuyentado por el-Dios-te-dé,
la leche sagrada de la higuera,
untada en las heridas de Rubén,
el fuego de la aldea arrasada por el río.
Se ignora su sombra.
Se anda a tientas.
Crece el remolino de sus pasos
en el amarillo espantado del juangil.
En la majagua del montascal anda la brea.
Más acá de la señal en las cañabravas
Una escritura lanza un puñado de tierra a sus muertos.

**No ceden en su empeño
de acortar las distancias.**
Allí donde sólo queda
esa guazábara
pendiente de una delgada soga
que apenas si resguarda el equilibrio.



**Días de gracia
Íngrimos
Lejanos
Indivisibles
En la potestad de las cacimbas**

**Qué hacen si no llegan
quién detiene sus pasos en las cacimbas.**

Por qué no terminan de llegar cuando han partido.
Caballeros endiablados de las tinieblas.
Por qué tiemblan en el bosque si ya son la guazábara.
Por qué ahuyentan el juangil si él es su silbo.
Por qué dicen el padre nuestro al revés
subidos a pelo en el entrecano soberbio en las cacimbas
cuando sólo escuchan la viuda.
Por qué espantan la rabo blanca
si es la única bendición de los caminos.
Por qué levantan el polvorín
con sus pies descalzos en la noche de la guacoa
si el celaje es más nítido a media noche.
Quién tejió ese traje de marinos
con su sangre
si llevan tatuada la señal cimarrona.
Quién dio de beber al buey
con lengua de horqueta en su mano
cuando sus cabezas rodaban con las nuestras.
Quién si no alguno enciende
cuando ya todos viajan
en una embarcación deshecha
la última luz del puerto.
Quién en sus sueños ató
El tren La casa El mismo río
Quién eres Quiénes son al descampado
cuando con los ojos y manos agujereadas
te esperamos en el camino.

**No quieras creer
que esa pasión es un alarde**
de primeros actores.
Ellos silentes
con sus andamios de palabras y
dotes de malabaristas
están recostados al umbral.
En media sala
en la oscuridad del cuarto
entre las veras
jurándose lealtad.
Señores de sí mismos.
Y antojadizos.
Y ellos que ya no miran
sino a sus sombras
desaparecen entre murmullos
porque están entre nosotros
despidiéndose
alejándose entre risas
que lanzan sin querer
rotos pañuelos de sus ojos.
Y entonces
lo huidizo
que hace de su materia
el alimento
resbala entre juncos
y abre un escenario
donde ondea lo volátil.



IV
asunciones

Ineida Machado
Siempre tras tus huellas
En ese reino anidan tus deseos
En ese rastro que inalcanzable te espera

Lo que creías inerte,
deshecho en el polvo
y eleva el luto hasta la mirada.
Lo que se afana bajo tierra
y crece en las alturas del sueño.
Lo que se hunde a cada rato
y aflora piedras en el bosque.
El lirio que se abisma
y reverdece en los juncos de agua.
Lo que se aleja y regresa
convertido en caudal ante los ojos,
son esas ciudades portátiles
donde se abisma la mirada.
Son esas vigilias de puentes movedizos
donde se allana el sueño
cuando el cauce alcanza
la nube en los ojos
y aloja residencias de lo efímero.

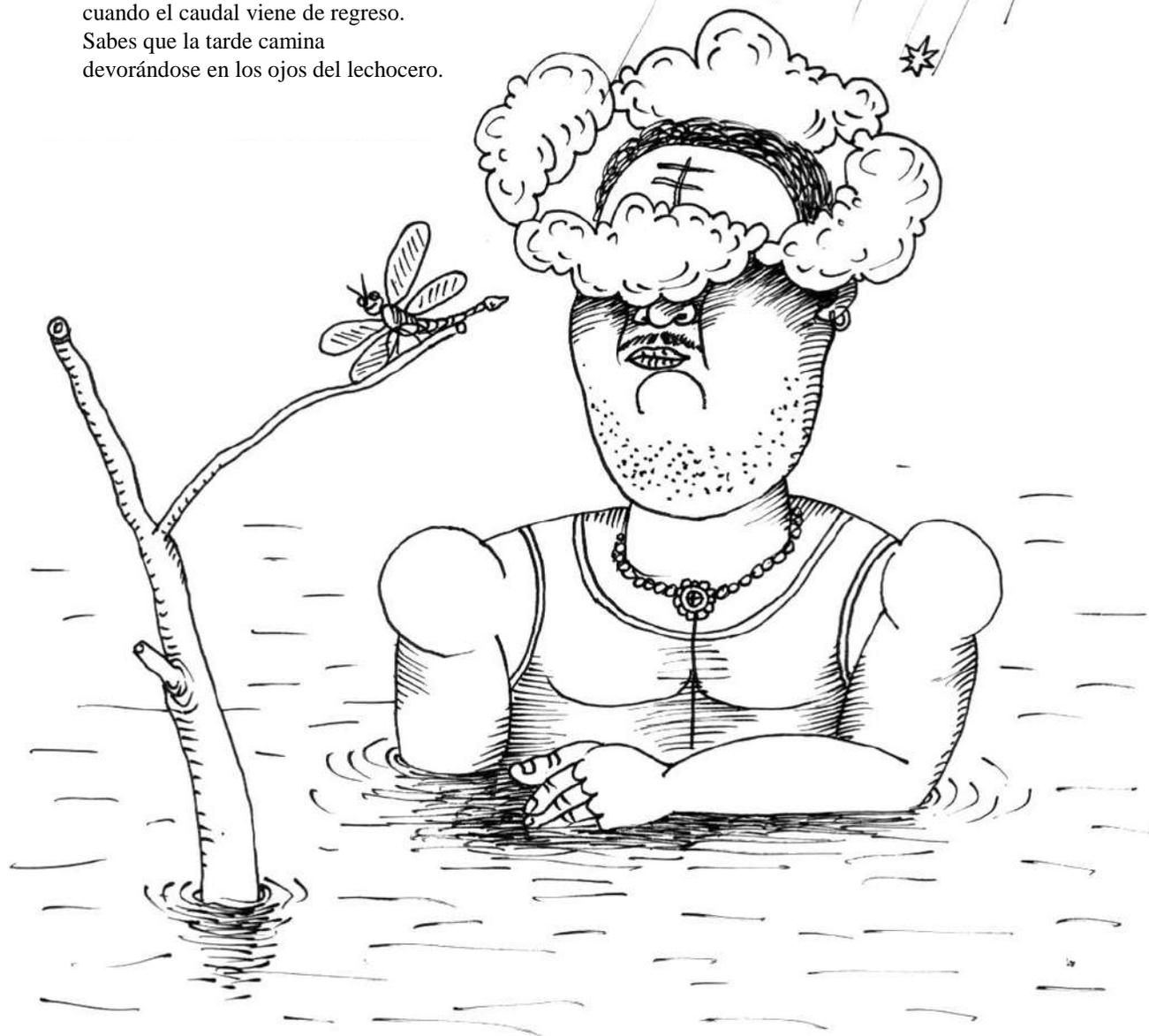


Mudanzas en el agua
cuando lo que ya no está
regresa de musgo
No una vieja locomotora
ardida en los pastizales.
No la casa
con el bosque en las ventanas.
No las embarcaciones
con el limo donde despunta la proa.
Eso que regresa sin llegar,
es charca más allá de los ojos.
Es nubarrón en la piel.
Es palpito
donde reside afligiendo
lo fugaz.

Orlando
Esa luz que sigue tus pasos
Más allá del carrusel de Andrómeda
Es el viejo Escalona cuando te nombra

No ignoras que el sortilegio
estrecha la luz de los astros
a través de las acacias.
Que entre las cepas y la casa
corre una luz que ciega.
Que esa luz como el agua
cerca los contornos.
Y el musgo que se adhiere a tus pasos
atrapa sus destellos.
No ignoras las cartas astrales de Jesús Ríos
donde Orión cela las andanzas,
dispone de carruajes de metal fulgentes en la noche,
asiste con sus destellos el almizcle de los cuerpos
enceguece los pasos de los oscurecidos.
Juras de tu propia voz
que es tierra de muerto.
Que el sortilegio estrecha
la luz en los potreros. 3

**La hora nona de más acá,
es el cauce hecho piedras.**
En las hogueras de la hierba
Jesús Ríos advertirá las señas de Orión.
Ese hueco en lo nublado
es la ronda de cigarras en las niebla de la tarde.
Es el agujero del juangil
cuando el caudal viene de regreso.
Sabes que la tarde camina
devorándose en los ojos del lechocero.

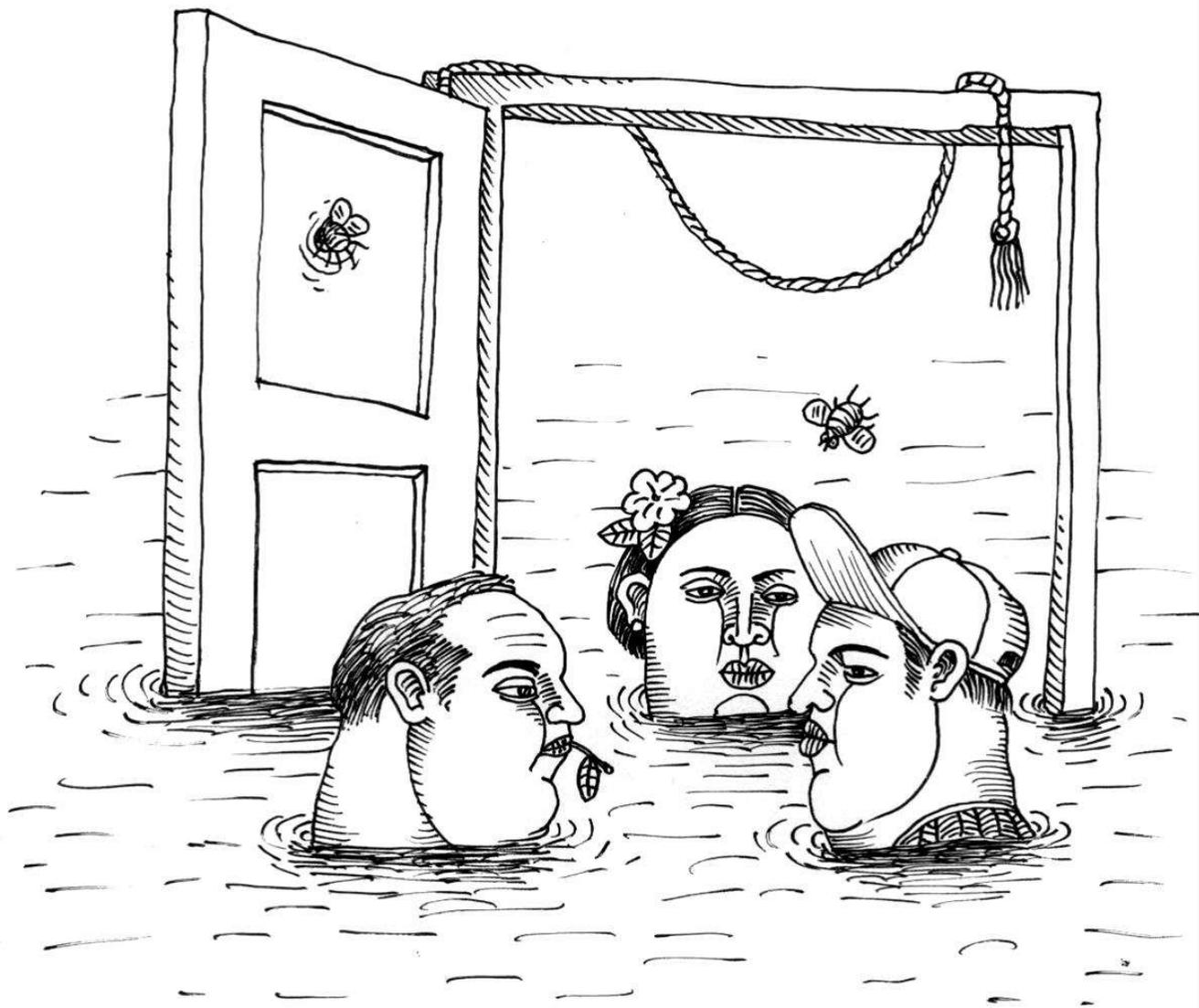


Esterbina Guerrero
El olvido no es sólo silencio en la bruma
Es cruda memoria, dices
Cuando en el adiós
Ya los clavos remachan la puerta

La calina
pasa entre brumas
cuando el sol es más oblicuo
y la tórtola anida
en la embriaguez de su canto.
Es más tenaz el olvido que asciende
entre la piedra y la hiedra.
Los portales
hincados en la hierba,
llevan el herraje y los usos
de otras labranzas.
La memoria sigue en los ojos
de un potro afiebrado,
la lluvia abrume con sus morrales de fiesta.
Desde esa distancia
las campanas ya no doblan,
ceden sus notas al musgo.
Al vuelo estremecido de la tórtola.

La sogá atada al árbol
no sostenía patas arriba el sortilegio,
ataba los cimientes de la casa
para evitar los deslizamientos,
las aguas a ras de los techos,
el pavor de las crecidas.
Las aguas construyendo la mirada.
La intemperie haciéndose sal de la tierra.

**Esa sogá fue una daga enterrada,
la tiza en la cañabrava,**
el aguijón en la puerta.
Ninguno desde adentro de la casa
quiso salir al descampado.
¿Quién llevó las campanas al puerto?
¿Quién deshizo las huellas en el barro?,
pregunta alguien
con el agua a ras del respiro.



Alguno puso cenizas en la sombra,
alguien que no está
abrevó en el ramal del río,
buscó en el humus donde duerme el alacrán,
hincó en las ramas de la higuera,
supo del miércoles de ceniza,
vertió claras de huevo en el vaso de cristal,
para pinchar lo aciago,
puso cuchillos en cruz,
para espantar el aguazal,
escuchó las siete palabras,
sopló los cabos de las espermas,
espantó la madre de agua.
Alguien que no está,
a tientas,
rodó puertas adentro
comiéndose la cal de los muertos.

No está quien

regresa oscurecido en la hierba.

Sin pretender su sombra,
sin decir esta boca es pájaro
o cabo de esperma para qué te invoco
o leño verde del incienso
cuando es grima la niebla en el pastizal.
Tarde, a deshora,
gira la higuera en el bosque.

Néstor Chirinos
Sin amarras
Sin cortejos
El juego de dados pregunta
Mientras Coquimbo es casimba entre las breñas

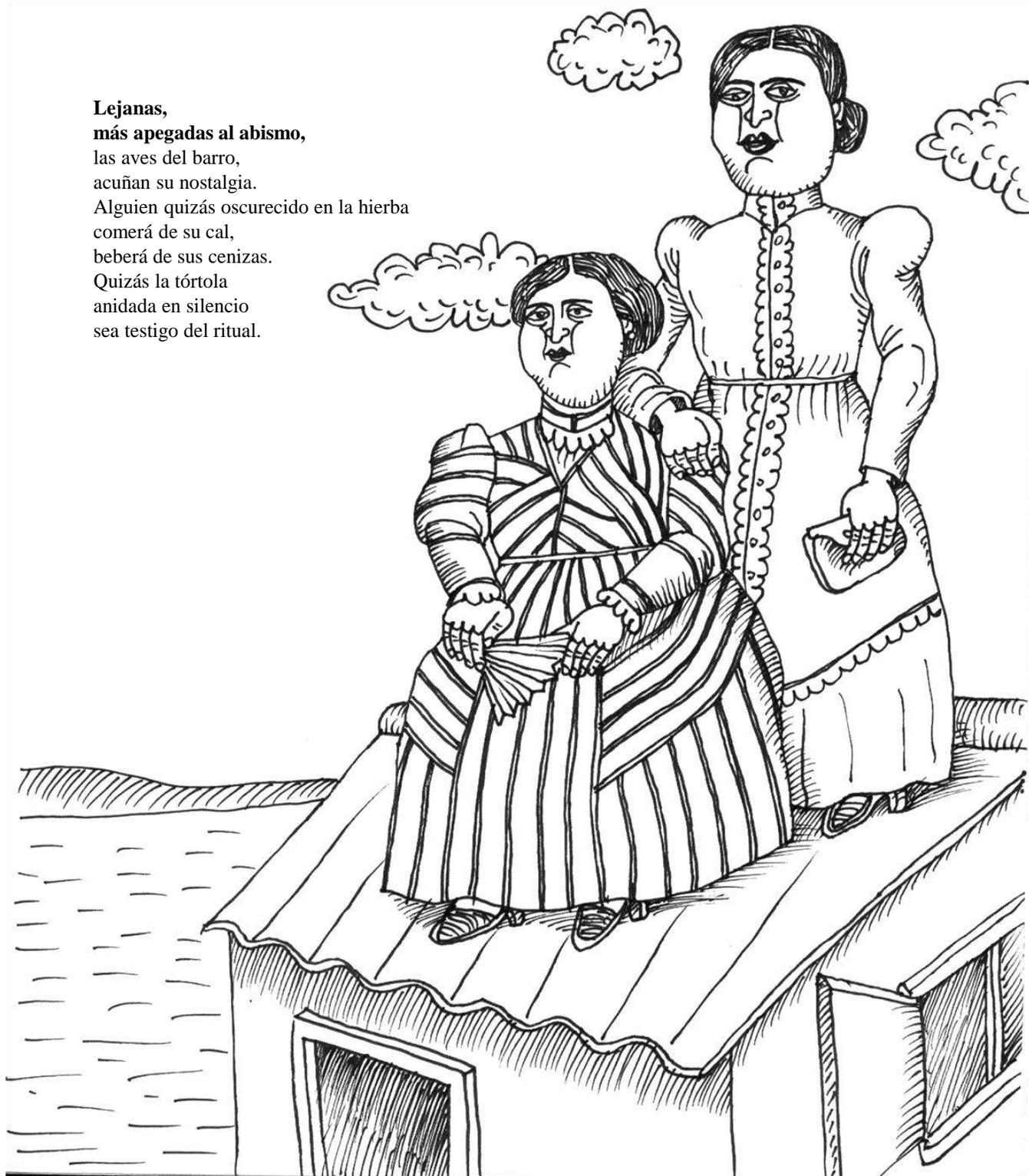
¿Quién llevó la última luz al puerto,
los mechurrios en las cuadernas,
trajinó las amarras,
los motores anegados
de una embarcación ida en la bruma?
¿Quién montó el rucio
en las horas de la agonía?
¿Quiénes sofocaron los gritos de Lucinda
cuando la casa era flor de majagua,
hilacha de palma en el fuego?
¿Quiénes agitaron sus camisas sobre
la ceiba prendida en el potrero?
¿Dónde la cal para borrar
las huellas de los muertos?
¿Quiénes llevan la cuenta de las cruces?
El potrero es un cementerio
donde florecen las hendiduras del barro,
el lirio de agua
y los epitafios en los balzos.
Lucinda las desanda desde otra infancia
cuando atrapa sus fuegos
en la mirada hueca del fogón.

**Pregunta alguien
en el blanquizar de las sombras.**

Las huellas calcinadas
donde se afianza el lodazal,
las embarcaciones desechas
ante ningún malecón,
habitan sin eco.

Sólo el tardo rumor de un cauce
que deshace y funda ciudades
en las señas del verano
vuelve respondiendo por ti.

**Lejanas,
más apegadas al abismo,**
las aves del barro,
acuña su nostalgia.
Alguien quizás oscurecido en la hierba
comerá de su cal,
beberá de sus cenizas.
Quizás la tórtola
anidada en silencio
sea testigo del ritual.



Nadie nombra al descampado,
nadie que sea Chumba,
Onésimo o quizás Ebi,
lleva las señales al muelle,
sólo un grito incinerado en el limo,
un grito donde no se oye.
En un sótano a deshoras
las palabras del temporal
hacen mella en el limo,
crecen bromelias
en los vagones descarrilados,
anidan tintojeas en los puentes portátiles,
la madre de agua desova en los caños
y en la corteza del jobo rojo
sangran las sandalias de mi padre.
En los aros de la lluvia,
en las cenizas del barro,
los ausentes tomados de la mano
juegan a no ser vistos,
a ser testigos en el ojo de la tórtola.

**Quien nombró desde atrás
sabe del cauce de las aguas en el Guaimaro,**
quien registró las cabañuelas
conoce de las crecidas en Onia,
quien montó el rucio de apatrás
escuchó de las mentadas en las cacimbas.
Los de San pedro se enfrentaran a Ebi,
a Chumba. Onésimo es más de Santa Elena,
ya no está,
lo mismo que Santa Elena,
aún apuestan por la última crecida.

Luisa Elvira Fernández
Palabra de fuego
Dices
Y se que no mientes

**Ahora cuando la higuera
gira en el bosque**
y el viejo cauce del río
detona lámparas en la hierba,
y el buey asoma
su lengua de horqueta en la ventana
y anida en lo oscuro
la guacoa,
y el embozado
hace luces de retazos de tafetán
en la luz de sus ojos ahuecados
con una lámpara prestada
y un crucifijo robado,
y eso que se desliza está a un palpito
y están cercados los escenarios de las Quintero,
guardadas las batallas de las Ríos,
rotas las cruces en el patio de las Fernández,
sus ropas teñidas de luto en las cuerdas,
sus couplets guardados bajo tierra,
el Adios, Adios y
los mil kilómetros cantados
desde adentro
para cerrar los ojos
donde otra distancia,
sus gritos de muchachas en el baile, oscurecidos,
sus moños sueltos, anulados.
Y sólo, Jesús Ríos,
con su cuerda de bandolas,
apostado en las madrinas,
embriagará el monte
cuando aún la hoja
distanciada de su fronda no termina de caer.
Y Onésimo como Santa Elena, lo juro,
está más allá de ese lugar que sangra en el lindero.

**Ahora cuando gira la higuera en el bosque,
digo,**

sabes que jamás llegaron.

Esos que amagaron con llegar,
nunca llegaron.

Quizás los zanjales anegados de crecida,
las alcantarillas hasta aquí de temporal,
las cacimbas de Pedro Pablo empantanadas,
el caño de Santa Elena hasta el ojo,

el patio extendido de barro,

el charco de la línea,

playa más allá de la cumbre,

no los recibió,

nunca recibió sus muescas el rocío,

nunca llegaron

sus visajes sumidos en la niebla,

sus voces de cántaro áspero y quebrado,

sus ropas escurridas en las cuerdas,

sus sudores de vaquería,

sus sinfonías

de banquetas y ron

apuntaladas a la altura de sus guitarras,

sus monturas

abrumadas de limo,

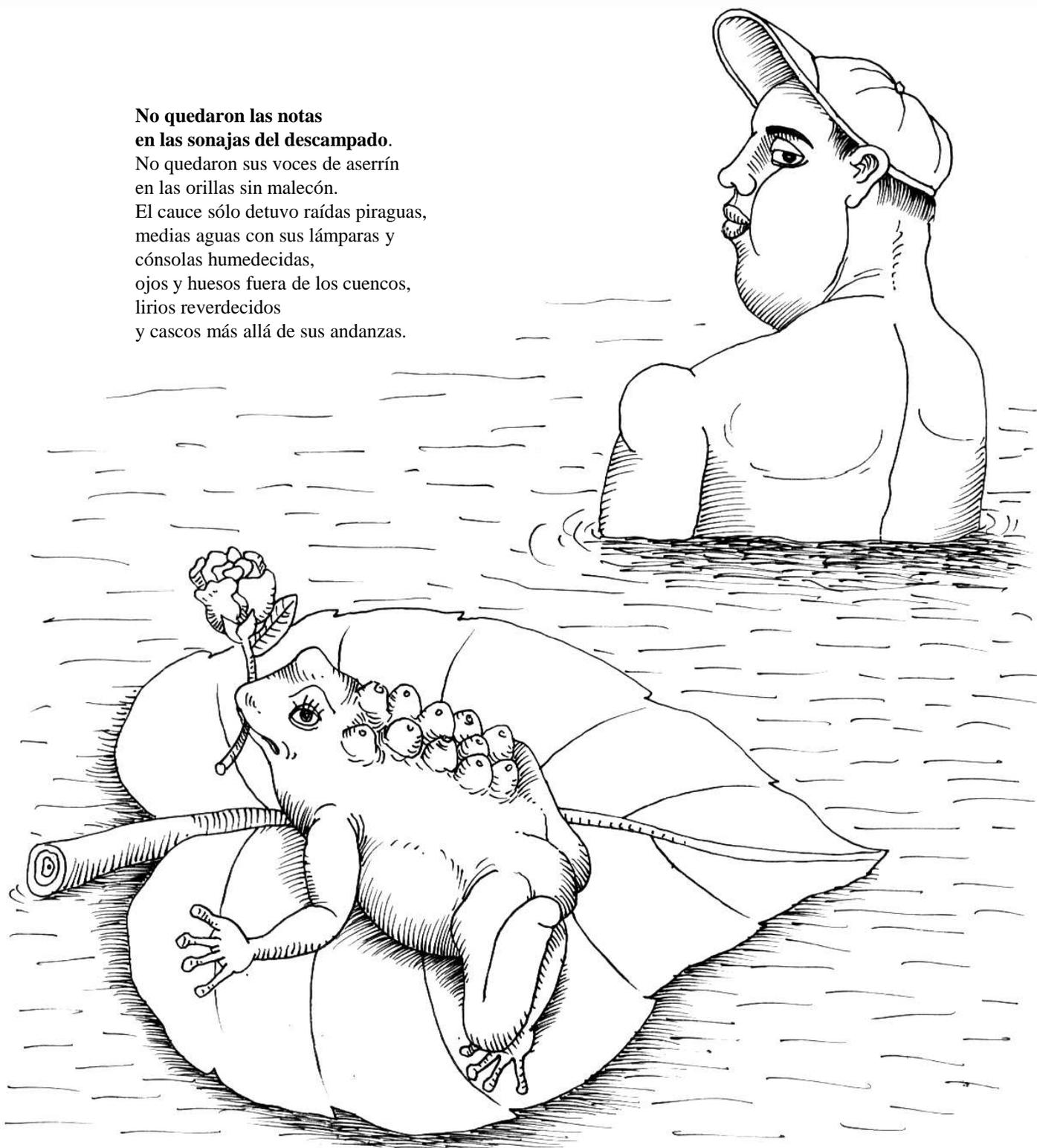
no están asentados sus modales

sino en el grito fulminante

que crece a escondidas en el barro.

**No quedaron las notas
en las sonajas del descampado.**

No quedaron sus voces de aserrín
en las orillas sin malecón.
El cauce sólo detuvo raídas piraguas,
medias aguas con sus lámparas y
cónsolas humedecidas,
ojos y huesos fuera de los cuencos,
lirios reverdecidos
y cascos más allá de sus andanzas.



**El bosque
que estrecha tus pasos
es un aguazal sin huellas,**
cambia de luz en las ramas del almendrón.
No hubo sino la sogá en el rebuzno de los rucios.
Chumba Ebi,
adelantan sus pasos
en la mancha de las cepas de plátano,
en el charco cuando desvanece sus huellas,
allí oscurecidos sigue sin regreso.
Onésimo
desata ríos en las cacimbas de Santa Elena.

Aguardas el juangil
porque nombra lo ido,
nombre y apellido de lo que no está
y no termina de irse,
lo mismo la guacoa
prendida de la higuera,
la rabo blanco herida de montascal,
la fiesta a la hora del contradancero,
lo aciago cenizo del aguantapiedras,
esos cantos habitados de olvido
que siguen un eco de frondas anegadas.
Aguardas la creciente
como la manada de rucios el sol,
tatuado de aguazal,
comido por dentro hasta el amanecer.

Habías dicho que Ebi

Chumba

no estaban

si no que eran parejo con lo ido.

Onésimo,

en lo marrón de la mancha,

a palmos de su ausencia,

sin llegar de lo perdido.

Habías dicho,

quizás en el canto de la tintojea,

en el rocío de la puma gasa,

andan sus pasos, lejos de la guacoa,

más lejos del juangil,

como quien cruza la alcantarilla

sin bendición,

como quien llega a tientas,

cuando ellos

se enseñoreaban en el espanto de sus miradas.

Habías dicho

que no estaban,

cuando vienen de regreso en la alambrada,

asomados de canto,

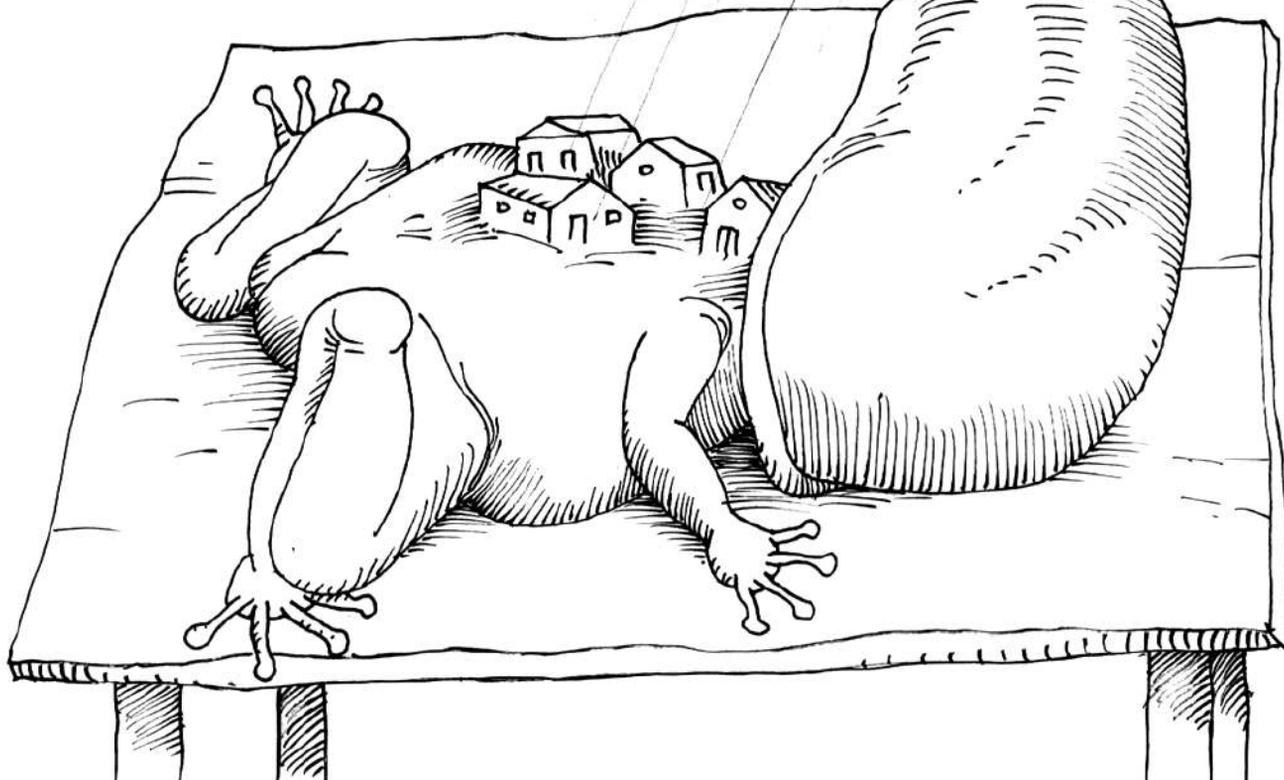
al rojo vivo del aguazal.

Habrías dicho no,

cuando tiemblan,

a un pálpito de nuestros ojos.

**En el caracol llueve por dentro
y lleva el sonido del mar puertas adentro,**
dices mientras el agua asciende a ras de los ojos.
Habitas ese río que no llega,
que está por venir,
atisbado en la ventana
donde vuelan los enseres.
Aguardas el juangil
porque ensombrece el camino
por donde quizás regresa el cauce del río
más acá donde la tormenta
eleva el corazón hasta el abismo.
No dices sino desde esta sombra
que ya no hace mueca de sus ojos.
El caracol acerca esa lluvia
cuando la contiene,
cuando es rumor en sus entrañas.



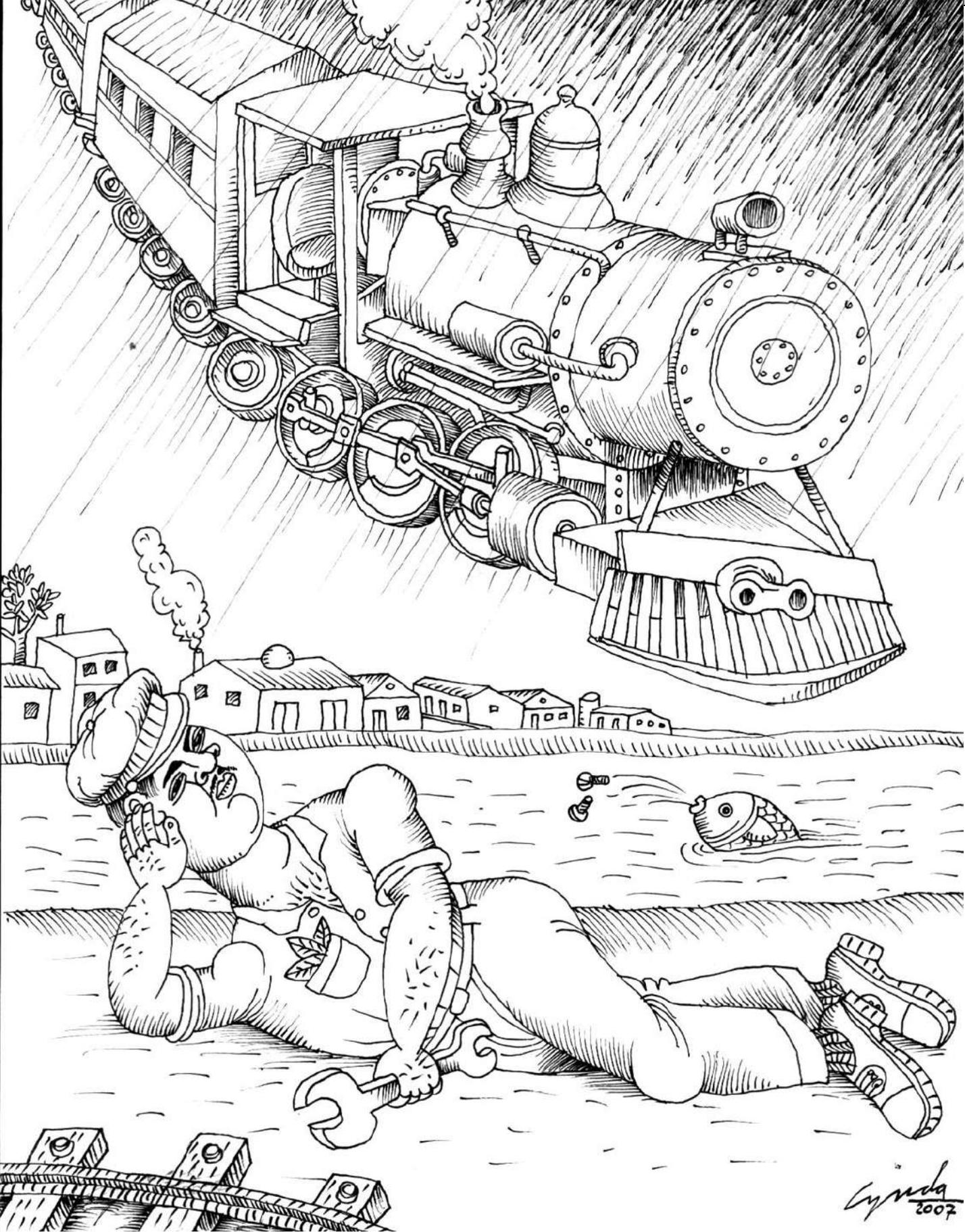
**Las aves del barro
oscurecen su canto**

más allá de esta lengua que repite
un coro sin eco.

Quizás en el limo
donde humedece su voz
quien no fue,
quien nunca estuvo,
encuentre una razón,
un extravío,
alguna memoria.

Quizás quien escuche
las mudanzas de la hierba,
encuentre las huellas de la
soga atada al almendrón.

La tórtola
en el rapto de su canto
quizás mire hacia adentro
en el azogue vivo de sus ojos.



Cynda
2007

V
acechanzas

**¿Es memoria
esa frontera de lo huidizo**
donde repite el canto el juangil,
y la guacoa
abruma de lluvia
en el eco intermitente
de su canto?
Adentro, en lo íngrimo
avanza lo que no permanece.



**Ese espasmo de la fugacidad
del limo sin descanso,**
del azogue compartido
en los metales anegados
se adentra
para nombrarse en la esquivez.
Nada persiste
en este país de lo fugaz.
Ese paisaje que no permanece
y deshace el trueno
se adentra
hasta hacerse
celaje,
pálpito de la humedad,
ebriedad de lo efímero.
El neón en llamas
se deshace en espejismos
El acrílico donoso
apenas si hinca la ciudad sobre el oleaje.

**El légamo,
invasivo**
se escurre en los gritos del patio.
Crecido
usurpa cuerpo a lo furtivo.
Profundo de temporal
se acaudala
en la garganta de cuanto se va.



Vuelves
en las ranuras de la sombra

Allanas

lo cuarteado.

Lo que no se nombra

y huele a cascajo.

Lo que detona en el bosque

y espanta la tórtola.

Lo que sangra en silencio

y desanda en la línea de lo oscuro.

Lo que pasa sin detenerse.

Lo fugaz apegado al asombro

eso que quema

en las alas del verano.

**Eso que roe la piedra
y abisma**

es una cuña tatuada.

Se alarga

para desvanecerse.

No por la brecha.

No por los acres aromas

que deja la máquina en la hierba.

No por lo nublado,

por lo que no recupera la mirada

cuando a ciegas

se nombra

para luego enmudecer.

**Se hizo
intemperie
en la misma vocación del paisaje.**

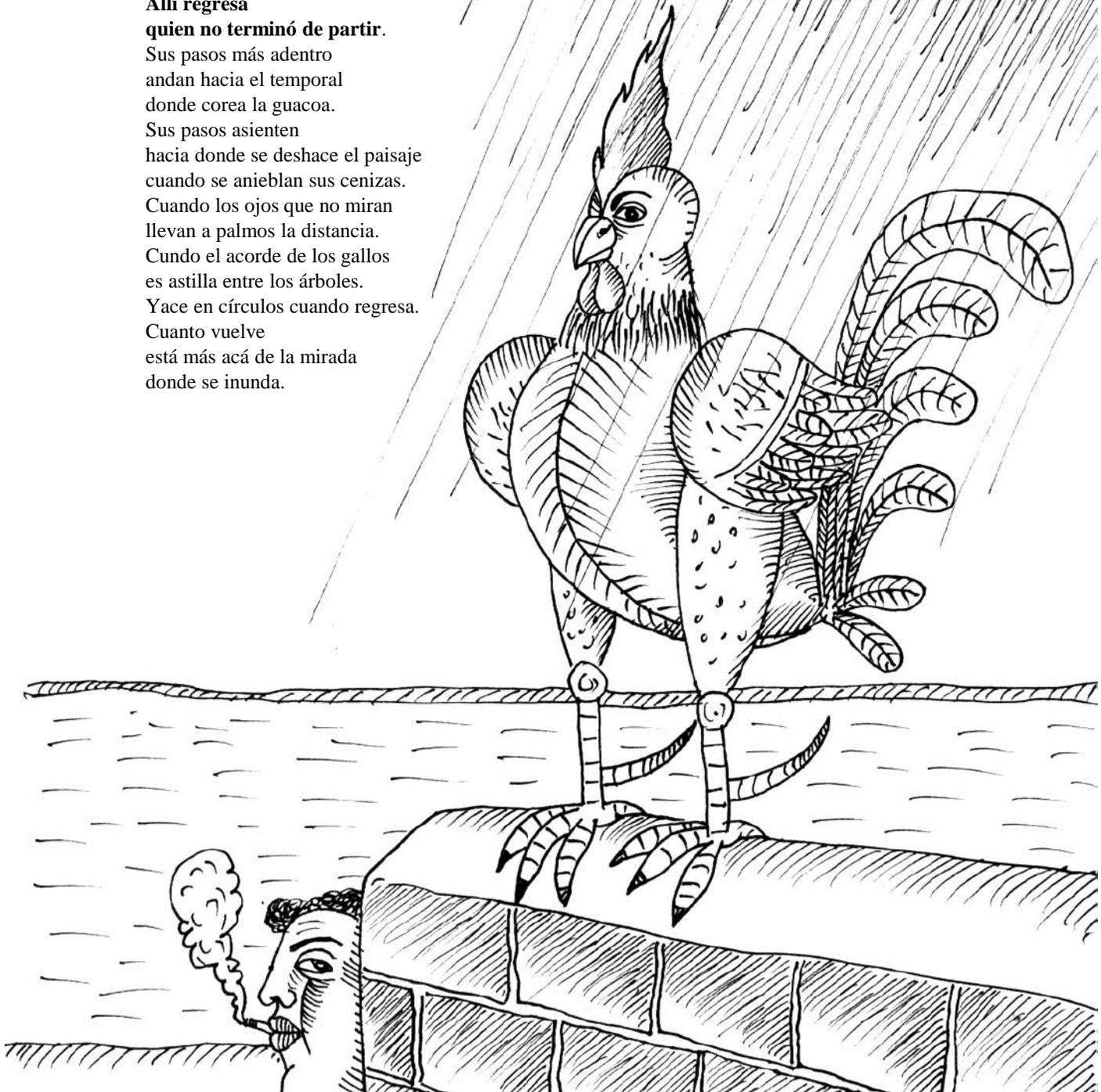
Deshaciéndose
en el tembladal de las aguas
hasta cubrir los ojos
con arena de pretil.
Hasta sellar con cal
la huella humosa de los muertos
antes de llegar,
a ningún malecón.
A ninguna embarcación
sin muelle.
A un puro zócalo humedecido
que sucumbe ante la fragua incesante.

Avanza

desde lo oscuro

cuando en la noche
la pelambre del pájaro guamí
se hace celaje en la piel.
Hunde esa guazábara,
cuando el vagón se descarrila
y el maquinista con ojos de no estar
nos mira hacia adentro.
Cuando la embarcación se hace aguas
y el patrón de piragua
nos mira más adentro con los ojos de no ver.
Enciende las bombillas
cuando la ciudad móvil avanza
y sus bujías ardidadas desatan los ríos.
Nombra desde adentro
cuando la voz es sentencia,
cuando el rezo se hace
escritura desde la humedad.
Cuando la memoria
es un cuaderno de la noche,
con sus bronces y faroles anegados.
Nombra desde adentro
cuando la ciudad registra
en sus pantallas líquidas
un inventario de distancias.

**Allí regresa
quien no terminó de partir.**
Sus pasos más adentro
andan hacia el temporal
donde corea la guacoa.
Sus pasos asienten
hacia donde se deshace el paisaje
cuando se anieblan sus cenizas.
Cuando los ojos que no miran
llevan a palmas la distancia.
Cundo el acorde de los gallos
es astilla entre los árboles.
Yace en círculos cuando regresa.
Cuanto vuelve
está más acá de la mirada
donde se inunda.



**Crecientes
y menguantes
a pulso de mareas.**

Las pjaras a ras de las aguas.

La cumbrera más arriba
más cerca de la nube
donde apenas si alcanza el grito.

Nunca la voz.

Lo seco espantado
es un mural donde rondan
los enseres,
los remaches de las puertas
y los trastos de arcilla
allanados en la hierba.

Iluminados en su destierro
crecen en esa playa que sepulta los ojos.

Las sogas tirando de lo ido
es nubazón que no cesa.

Es intemperie sin tregua,
esa que regresa hincando el costado.

Esa donde dobla el riel
su lastimadura sin regreso.

Los retratos

del cancel

con sus ojos de puya

con sus ojos de sígueme

miran

más atrás de la lumbre del fogón.

Miran a través del ojo de las cañabravas

en la lastimadura del pie hincado,

en esa espina que se deshace en su huella.

En esa palma real que golpea el viento

cuando pregunta por ti.

Queda el grito en el alambre

donde se desordena lo nombrado.

El temporal atrapa

la delgadez de las alcantarillas.

Los ríos surten aldeas

con sus mármoles encendidos

y la voz rota del pájaro

hace eco del polvo

cuando la roca turbia alienta su lecho.

El terco lirio

sobre las aguas hace su recuento.

El ojo insomne.

El canto roto.

Los cascos rodados.

Los caserones de cal.

Hombres Mujeres Celadores,

con las redes en sus ojos,

con sus aparejos en el viento,

con sus solícitos oficios

asumen el silencio entre las rocas.

La ciudad desde lejos

con un enorme flash,

adhiere fotografías sepias a sus memorias.

**No se nombra
sino lo ido.**

Lo que encuentra su cauce
en la huella de las mareas.

En el zócalo de cal donde se aferra el verde.

La raya del limo

donde antes se avivó

el fuego de las ciudades

con sus antorchas anegadas.

En su marcha hacia la línea oscura del camellón

donde sólo se toca lo tiznado,

el polvo que yace en el viento.

La vieja balada de praderas desoladas

es un pretexto

donde solo se rasga lo perdido.

El humus

lleva sus efluvios en las brozas,

quizás en el terco montascal
donde mora la tórtola.

El sitio incierto
donde palpita el silencio
que pregunta.

El juangil silba lo aciago
en el temperamento de la cañabrava.
Donde se nombra para oscurecerse
enmudecido tal vez,
en el último arbitrio de la tarde.

Quienes

**menguaron sus huellas
en el ojo del huracán,
herraron sus pasos hacia otra distancia,**

hacia la orilla donde la memoria
no secunda.

Idos

se enredan en el musgo,
se asocian al barro,
andan apegados a lo oscuro
donde la lluvia
los trae en sus sílabas de agua
donde lanzan sus amagos
a contracorriente del olvido.

Ya no llevan el sombrero

en lo alto de sus monturas.

Marchan hacia donde no los alcanza
el eco que los nombra contra el desamparo.

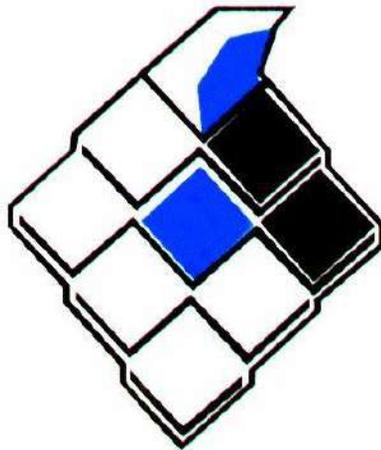
El fueite es una estridencia
que se alarga hacia no sé dónde.

La matadura cabalga lejos
ya ni se unta.

Los belfos y las ingles a ras del limo
están más hacia el lado oscuro del lindero.



**UNIVERSIDAD NACIONAL EXPERIMENTAL
RAFAEL MARÍA BARALT**



AUTORIDADES

Lino Morán Beltrán
Rector

Johan Méndez Reyes
Vicerrector Académico

Leonardo Galbán Sthormes
Vicerrector Administrativo

Victoria Martínez Carvajal
Secretaria rectoral



Publicación digital del Fondo Editorial
UNERMB
Diciembre, 2018
Cabimas, estado Zulia, Venezuela.

"La escritura ácuea anda y desanda por las voces de los seres desaparecidos y resucitados, por las visiones ancestrales de los árboles, de los pájaros, de las casas y de los seres humanos con la inclusión, constante, de epígrafes poéticos que, en el fondo, son el cerebro del texto subsiguiente porque incluyen claves que podrían utilizarse para el abordaje analítico. El poema, en verdad, comienza en el epígrafe".

Pedro Cuartín



Alexis Fernández. Nace en Santa Bárbara de Zulia, región ubicada al Sur de Lago de Maracaibo, Estado Zulia, Venezuela. Licenciado en Filosofía Y Magíster en Antropología en la Universidad del Zulia. Ha publicado entre otro los siguientes títulos: "Días de Gracia" (Narrativa) Ediciones de la Facultad Experimental de Ciencias (1976). "Anotaciones para una Antología de poesía Falconiana" Ediciones de la Dirección de Educación y Cultura del Estado Falcón (1984). "Turbio Fontanero" (Novela) Coedición de la Asociación de Escritores de Venezuela y Ediluz (1992). De la misma el cineasta Jacobo Penso, realizó el documental "Congo Mirador, la vegetación imposible". Patrik Ribas tradujo al francés el capítulo, "Taberna, medida y ron" publicada en edición bilingüe, por la Dirección de Cultura de LUZ. "Linaje del Sur" (Prosa poética) Ediciones de la Dirección de Cultura de LUZ (1996). "Costa Lejana" (Prosa poética) Ediciones del V Centenario del Lago Maracaibo (2000). "Un día con los Añú" Etnografía, Ediciones de la FEC, LUZ, (2002). "Árbol de Sombra" (Prosa Poética) Ediciones UPEL, Caracas, (2003). "Caligrafías de Agua". Trilogía. Coedición El Otro & el mismo - Ediciones UNICA. (2005)

FE
FONDO EDITORIAL
UNERMB

ISBN: 978-980-427-114-4



9 789804 271144